

EL HORROR LLEGO DEL MAR

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

Colección: Colección La Conquista del Espacio, 433
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.61

PRÓLOGO

LA historia había empezado hacía ya mucho, muchísimo tiempo. Pero eso, nadie o casi nadie lo sabía. Y los que se atrevieron a mencionarlo alguna vez, fueron tachados de locos o de visionarios.

Sin embargo, un día, ocurrió lo peor. Y ese día, los incrédulos supieron que aquellos pocos tuvieron razón. Pero ya era tarde. Porque ese día, el horror llegó del mar... y el horror era la destrucción y el caos.

CAPITULO PRIMERO

EL horror llegó del mar.

Ellos no podían esperarlo. Nadie podía sospecharlo, ni presentirlo siquiera. Y cuando sucedió, tampoco nadie pudo evitarlo. Mi enfrentarse a ello.

Y todo comenzó en el momento más apacible, más tranquilo, más increíblemente sereno y lleno de calma y sosiego...

Una mañana bajo el sol, en una playa idílica, casi solitaria, rodeada de altas palmeras y frondosa vegetación. Un lugar donde no parecía posible que sucediera nada que no fuese absolutamente normal. Los cuerpos tendidos, tostándose al sol, eran una prueba evidente de ello.

Bajo el cielo despejado, el dorado de la arena parecía aún más intenso, en contraste con el azul de un mar tranquilo, festoneado de espuma entre los riscos inmediatos a la franja de arena. Por encima de todo ello, el cielo despejado, límpido, y el disco solar, rojo y ardiente.

Y acariciados por sus rayos bronceadores, los cuerpos extendidos en reposo, ya fuese sin protección o bajo sombrillas de vivos colores.

No eran muchos los bañistas. La cala era pequeña. Unas embarcaciones oscilaban en el agua, a escasa distancia de la playa. Indudablemente, los bañistas allí reunidos eran todos ellos componentes de la tripulación o pasaje de aquellos pequeños y blancos yates, No había accesos por tierra realmente fáciles para otra clase de bañistas.

Había algo de intimidad en aquel grupo formado por no más de una docena de personas, entre hombres y. mujeres. Todos ellos jóvenes, con la excepción de un caballero de tez broncínea y

cabellos plateados. Aprovechando el aislamiento del paraje, algunas parejas se entregaban a expansiones amorosas que nada parecían preocupar a los demás.

Así, no era difícil observar cómo sobre la piel dorada de los muslos y vientre de una hermosa rubia, o sobre la tez morena de una muchacha de largos cabellos negros, las manos de sus acompañantes masculinos se aventuraban en caricias ardorosas que, indefectiblemente, terminaban con la introducción de los dedos varoniles bajo la pieza superior del bikini, estrujando los llamativos pechos, o bien perdiéndose en la zona umbría de la entrepierna femenina.

Ellas exhalaron un gemido ronco, al sentirse tan íntimamente acariciadas, y sus bien torneados cuerpos se retorcieron voluptuosamente sobre la arena. Inevitablemente, poco más tarde, era ya un concierto de gemidos y jadeos, de súplicas y de suspiros, con hombres y mujeres entrelazados, en estrecho abrazo, fundiéndose en un solo ser, con las piezas de los bañadores dispersas sobre la arena.

El caballero de pelo canoso y rostro burlón, fuertemente atezado por el sol y la intemperie en las aguas, recibiendo habitualmente en su epidermis la brisa yodada y salobre, se irguió, sonriendo maliciosamente.

Encendió calmoso un cigarrillo, y luego se volvió a la mujer tendida junto a él, cuyos ojos, bajo las galas de montura cristalina, sofisticada con matices dorados, contemplaban a las parejas entregadas a su orgía particular bajo el sol.

—¿Escandalizada, querida? — preguntó suavemente.

—No, ¿por qué? — rió ella con ironía, volviendo su mirada clara hacia él, a través de los vidrios amarillos de sus gafas—. He visto cosas peores en mi vida, querido Boris. ¿O vives tan alejado del mundo actual que consideras inmoral que dos personas de sexos opuestos se mezclen alegremente en un rato de placer bajo el sol?

—Mi querida Ilonka, el amor y el sexo son tan viejos como el mundo. No hay nada que pueda escandalizarme a mí. Además, cuando hicimos todos esta excursión, sabía que esos jovenzuelos serían incapaces de esperar a estar en una cama para desahogar sus apetitos.

—Son diferentes a nosotros—rió Ilonka burlonamente,

arrugándose algo más su rostro levemente ajado, al entornar los ojos azules—. Menos pacientes, menos experimentados, ¿no, Boris?

—Supongo que eso lo explica todo, sí — admitió él, sacudiendo afirmativamente su cabeza plateada—. Pero así son los jóvenes. Y así seguirán siéndolo mientras el mundo sea mundo. Yo también tuve su edad Y .gocé con las chicas, en los lugares más increíbles, incluso en medio de una fiesta. No sé si son ellos los que tienen razón o somos nosotros, que ya estamos de vuelta de todo. Pero lo cierto es que, visto a distancia, ahora me resulta el sexo mucho menos importante que entonces, cuando era como ellos.

—¿Desilusión... o cansancio?—rió Ilonka, burlona.

—Un poco de todo, tal vez. Sin embargo, aquí estoy ahora. Y aquí estás tú... Tiene que haber alguna razón todavía para que tú y yo, hombre y mujer, nos encontremos en estos días de vacaciones, reunidos aquí... con todos ellos.

—¿Qué insinúas? ¿Aún sientes algo por mí, Boris?

—Siento algo por toda mujer, tú lo sabes. Especialmente... por ti.

—Eso es, casi, casi, una declaración de amor — rió ella, divertida, estirando sus aún bien formadas piernas, desnudas bajo el sol—. No lo hubiera esperado de ti, Boris.

—Quizás esté volviéndome algo viejo — soltó él una carcajada —. Mira: esos locos ya han perdido la escasa noción del pudor que se puede tener en cualquier edad, cuando hay otras personas en torno y a uno le gusta presumir de honesto...

Ilonka no comentó nada. El concierto de jadeos era realmente enervante. Pero no parecía ella inmutarse demasiado por todo ello. Era una mujer que estaba por encima de debilidades humanas. Sonrió, incluso, cuando observó que una de las jóvenes parejas, en e! paroxismo de sus apetencias sexuales desatadas, se revolcaban en la arena, entre una polvareda dorada, entregados ya a variaciones realmente excitantes, para satisfacer sus apetitos.

—Ya ves — dijo Ilonka, tras una pausa—. Sodoma y Gomorra existirán siempre, mientras hombres y mujeres pueblen el mundo, Boris.

—Lo sé — él observó, impávido, las confusas y complicadas posturas que los cuerpos desnudos de ambos sexos iban adoptando sobre la arena, en un delirante juego de pasiones que hacia

estremecer convulsivamente aquellas formas doradas por el sol—. Lo sé, querida Ilonka. Después de todo, no es tan malo que exista el vicio entre los humanos. Es mejor que matar o destruir. .

—Quizás. Pero a veces siento miedo...

—¿Miedo? ¿Tú? —se asombró él, sentándose bruscamente en la arena, y contemplando a la madura hembra con expresión incrédula —. No, no es posible. No me digas que la hermosa e incomparable Ilonka empieza a sentirse vieja...

—Si el miedo es síntoma de vejez... sí. Creo que empiezo a sentirme, cuando menos, bastante menos joven. ¿Tú no?

—Que yo sepa, aún no tengo miedo a nada ni a nadie— rió Boris —. Ni siquiera a la muerte.

—No digas eso —se estremeció el exuberante y maduro cuerpo de mujer—. La muerte.. De ella, todos debemos sentir miedo.

—¿Por qué? Es igual para todos. No distingue entre nadie. No es más o menos cruel, ni más o menos compasiva. Es implacable, fría, imparcial. Así me gustan a mí las cosas: iguales para todos.

—Iguales para todos... No digas tonterías, Boris. Eres un gran hipócrita. A ti nunca te gustó ser igual a los demás. Disfrutaste de tu condición de hombre rico, aristocrático y respetable. No te gustó que te tratasen como a un igual. ¿Por qué piensas ahora de modo diferente?

—Quizás me ocurra lo que a ti — bostezó Boris, desperezándose bajo su sombrilla de brillantes colores — Me estoy volviendo viejo. Y la vejez, es la decadencia. Mala cosa, querida. Mala cosa...

Se incorporó, caminando hacia la orilla, indolente, mientras la orgía sexual de los ardientes jóvenes continuaba en torno de ellos. Ilonka le siguió con mirada pensativa. De pronto, Boris tuvo una idea. Se volvió hacia ella.

—Ven — dijo.

—¿Yo?—se sorprendió Ilonka—. ¿Adónde? ¿Piensas bañarte ahora? ¿Es que el ardor de esos muchachos se te ha contagiado y necesitas el contacto del agua tría?

—No es un comentario divertido. Hace taita mucho más para encender ya mi sangre, encanto — soltó Boris una carcajada alegre —. No, no te invito a entrar en el agua, sino a alejarte de ella por un rato. Este sol y esta arena me agobian. Vamos a esas palmeras. Habrá más paz que aquí. Me gustaría hablar contigo de cosas que

no tienen nada que ver con el sexo.

—¿Te estás volviendo romántico?

—Quizá — se encogió de hombros—. ¿Vienes?

—Claro. No puedo desaprovechar una ocasión así de descubrir tus debilidades sentimentales, Boris. Adelante.

Se aproximó a él. Boris la lomó por una mano. Echaron a andar ambos, camino de la pared frondosa de espesura que delimitaba la playa. Dejaron tras de sí, revolcándose en la arena, los cuerpos desnudos y enroscados de las jóvenes parejas entregadas a sus desenfrenos amorosos bajo el sol, tan ardiente como ellos mismos y su estallido de pasión en la salvaje caleta aislada, con el mar, el cielo y el propio sol corno únicos testigos.

En ése momento, el veterano hombre de mundo y la aristocrática dama madura estaban, sin saberlo, marcando su destino. Y, a la vez, el de muchos otros seres humanos.

En ese momento, con total ignorancia, Boris e llonka, la pareja que estaba ya de vuelta de todo, huían de algo más que de un crudo sol tropical, una playa solitaria, propicia de escarceos amorosos y libidos desenfrenados.

En realidad, estaban huyendo a su propio desastre. Y a un horror sin límites, a punto de desencadenarse en la apacible franja arenosa, convertida en lecho de lujuria para los jóvenes y alegres viajeros de los pequeños yates anclados en los cercanos arrecifes playeros.

Un horror que no tardó en desencadenarse con toda su atroz virulencia, con su increíble e inaudita ferocidad...

* * *

Las manos febriles acariciaban ardorosamente los generosos pechos de la muchacha que, exultantes de vigor y fuerza, se proyectaban a lo alto, para que los labios del joven bebieran en sus pezones el dulcísimo placer de un fuego enervante, que se contagiaba a ella, haciendo temblar la firme carne femenina con espasmos eléctricos —Jeff, mi Jeff amado...—era un murmullo ronco la voz de ella, mientras sus dientes mordían la oreja, el cuello, el torso de su amante—. Así, así... Quiero ser tuya otra vez...

—Elsie...—jadeó él, hundiendo sus dedos en aquella carne prieta y generosa que temblaba bajo su contacto—. Sabes que sólo puedo ser para ti, vida mía...

Los muslos dorados de ella se enroscaban en torno a su cintura.

La unión física se hacía por momentos más y más intensa, más y más profunda. A su alrededor, las otras jóvenes parejas también se entregaban a su mutua atracción, sin condicionamientos ni frenos...

Y entonces ocurrió.

Justamente entonces, el mar escupió su horror.

Una sombra repentina empezó a flotar sobre las cuatro parejas dispersas alegremente por la arena. Una sombra que se agrandaba por momentos, nublando el sol, como una gran nube súbita y oscura, que ensombreciese el día radiante.

—¡Eh, cuidado, muchachos! —gritó uno de los jóvenes, riendo, mientras retozaba con su femenina pareja—. ¡Seguro que va a caer un formidable chaparrón sobre todos nosotros!

—¡Mejor!—rió otro—. ¡Así nos enfriaremos un poco los ánimos y...! ¿Eh? Dios mío, ¿qué... qué es *eso*?

Sus ojos desorbitados se clavaron en algo que se hallaba encima de ellos, que dominaba toda la playa, extendiendo gradualmente su enorme sombra sobre la arena y los cuerpos desnudos y broncíneos, hasta parecer que se hacía la noche.

Pero no en la noche. Era algo mil veces peor que la más tenebrosa noche imaginable por el hombre. Lo» muchachos y las chicas volvieron sus ojos intrigados hacia arriba, hacia lo que uno de ellos señalaba con auténtico pavor.

—¡Cielos, no! — aulló uno—, ¡No... NO PUEDE SER!

—¡Socorro! —chilló una de las chicas, despavorida, intentando levantarse, sin importarle en absoluto su desnudez—. ¡Dios mío...!

El estupor fue solamente superado por el pánico que se desato entre ellos violenta, exacerbadamente, convirtiéndoles en un grupo dominado por el más vivo terror imaginable.

Trataron de huir, de correr hacia alguna parte. Sus gritos agudos rasgaron el aire quieto y apacible de la caleta, Los cuerpos desnudos iniciaron la fuga como en un bailoteo macabro, que no tenía objeto ni sentido. Sobre ellos, la sombra ya era algo material, gigantesco, amenazador y terrible.

La incredulidad más espantosa, se mezclaba con el pánico y la angustia, en rostros jóvenes, atezados por el mar, el sol y la brisa, que poco antes sólo mostraban expresiones de placer y de pasión. Aquella horrenda *cosa* que se les venía encima, que se cernía sobre todos, agitando las arenas playeras con sus pisadas, agitóse,

empezando a darles alcance.

Escalofriantes crujidos poblaron la playa. Gritos de agonía infinita, se mezclaron con el chasquido de huesos triturados, de carne desgarrada. Salpicaduras violentas de sangre saltaron por doquier, restallantes de rojo brillante, empapando la arena y trechos, cayendo en regueros bruscos sobre las piedras cubiertas de musgo marino, o llegando incluso hasta la orilla, donde la espuma de las suaves olas se tiñó de escarlata.

Los cuerpos, tronchados, rotos violentamente por el azote infernal que se les había venido encima, cayeron como peleles por doquier. Hombres atléticos, de cuerpo joven y vigoroso, fueron aplastados como simples alimañas por aquel poder increíble surgido del mar, como una pesadilla. Mujeres hermosas, de cuerpo turgente, de formas rotundas y generosas, parecieron reventar, con sus rubias cabezas y bellos rostros convertidos en pulpa sanguinolenta, irreconocible por completo. Por encima de los antes enhiestos y ávidos senos o sobre las nalgas desnudas, de mórbida carne morena, la sangre corría a regueros, brotando de desgarros profundos y mortíferos.

Una especie de largo chirrido siniestro pobló la va silenciosa playa, cuando la sombra se hizo más densa, y tomó la forma de algo, al inclinarse sobre aquellos cuerpos tronchados, algunos de los cuales fueron engullidos con sordos estremecedores chasquidos de una boca monstruosa…

Finalmente, como satisfecho del destrozo causado y del manjar que había deglutido su áspera boca, el monstruo que se agitaba sobre aquella masacre, empezó a apartarse, a dejar de proyectar su amenazadora sombra sobre aquellos desdichados seres cuyo placer sensual había coincidido con el horror y el dolor de la muerte más increíble.

Lentamente, emitiendo aquel chirrido estremecedor, la *cosa* regresó al mar, se agitó entre el oleaje, a medida que regresaba al fondo marino.

Detrás, en la arena, quedaban restos humanos, algunos cuerpos triturados, sangre y muerte por doquier…

CAPITULO II

LAS manos de Boris se apartaron vivamente de los desnudos pechos de Ilonka, y el rostro se volvió, dejando de besar ardorosamente la boca de su amiga.

—¿Eh? — jadeó—. ¿Qué es eso? ¿Oíste lo mismo que yo?

—Si — suspiró ella, con cierto desencanto—. Gritos. Gritos de esos jóvenes. Deben de estar gozando mucho, sin duda. Aúllan como condenados. Vamos, ¿por qué no nos olvidamos totalmente de ellos, y pensamos sólo en nosotros? Mi querido Boris, me hubiera gustado conocer tus sentimientos platónicos, pero veo que limitas tu romanticismo a lo de siempre... y eso, en el Sondo, me gusta. Ya que hemos empezado...

¿por qué cesar, amorcito? Sigue, sigue...

Y ella misma, audazmente, provocó a Boris, utilizando sabiamente sus manos de experta amante. Boris volvió a la carga, y sus labios descendieron hasta sumergirse en los generosos y aún firmes senos de la hembra, que empezó a gemir, entornando sus ojos y arqueando el cuerpo.

Justo en ese momento, los gritos lejanos de los muchachos se convirtieron en alaridos desgarradores. Boris, bruscamente, la soltó de nuevo. Ahora, Ilonka no hizo nada por atraerlo nuevamente.

—¿Qué... qué sucede?—musitó él.

—No sé...—ella parpadeó, exhaló un suspiro de disgusto, y volvió a cubrirse dificultosamente sus soberbios pechos con la pieza superior del bikini—. Pero algo sucede, Boris. Esos son gritos... de miedo, de dolor —¡Vamos! —farfulló él, precipitándose hacia el sendero por el que habían llegado hasta aquel frondoso boscaje de palmeras, procedentes de la franja arenosa a la orilla del mar—. ¡Algo malo les ocurre!

Corrieron cuanto les era posible. Todas las buenas intenciones románticas de Boris habían conducido, indefectiblemente, a un embate amoroso entre el viejo galante y la experta dama, pero incluso eso se había interrumpido ante el alarmante tono de aquellas voces y los indescifrables ruidos que luego captaran.

Antes de llegar a la playa, el silencio fue total, absoluto. Un silencio tan profundo que hizo parar, jadeante, a Boris. Cambió una mirada de inquietud con Ilonka. Ella parecía casi asustada.

—¿Has notado eso? — jadeó—. Ese silencio... no es normal, Ilonka.

—No — los ojos claros de ella se clavaron en la frondosa espesura que les separaba de la playa—. Es., es como si no hubiera vida en torno nuestro. Y eso no puede ser...

—No, claro que no. Tal vez duerman, pero me extraña que lo hagan *todos* a la vez, Ilonka. Me extraña mucho...

—Y a mí — el gesto de ella era preocupado—. ¿Qué hacemos? Si hay algún peligro...

—¿Qué peligro puede haber en este lugar tranquilo y desierto? — sacudió la cabeza Boris—. Vamos, hay que salir de dudas de una maldita vez por todas...

Avanzó, resuelto. Ilonka le siguió, incapaz de separarse de él un instante. Salvaron la pared de espesura y de palmera;. Y se encontraron ante la playa. Sus ojos se clavaron en la franja arenosa.

—Dios mío... — sollozó Ilonka.

Y se desplomó. Con ojos desorbitados, sin poder creer la dantesca escena que, allá en la playa, contemplaban sus ojos, Boris tuvo el tiempo justo para recoger a Ilonka en sus manos y, despavorido, asistir a aquella orgía de sangre y muerte, donde poco antes todo era goce y placer...

* * *

La pequeña barca de los pescadores apuntó con su quilla hacia tierra. Se iniciaba el regreso.

Como cada día, al atardecer, los dos hombres emprendían la marcha al puerto, no sin antes haber recogido en sus redes la pesca del día. No era mucho, pero ellos se conformaban con poco. Eran gente modesta en su oficio, y les bastaba con reunir un par de cestos de pescado que luego venderían en el pueblo a sus clientes habituales.

—Hoy estuvo bastante mal la pesca — comentó uno.

—Sí, ha sido el peor día de la temporada — concedió el otro, algo malhumorado—. Y el caso es que la mar está inmejorable para ¡a pesca, Sam.

—Es lo que yo pensaba cuando nos hicimos a la mar, Barney. Pero la cosa no resultó como esperábamos.

—Cierto—asintió el llamado Sam—. Y aún no entiendo por qué.

—Es como si los peces se hubieran retirado de la zona — rió Barney—. Quizás nos tienen miedo ya.

—Es toda una explicación — aunque disgustado, Sam soltó la carcajada—. Sí, habrá que pensar en eso, la verdad. Hoy en día, hasta los peces se vuelven más listos, no cabe duda.

La explicación, ciertamente, no parecía satisfacer poco ni mucho a su compañero Barney, que contempló ceñudo las aguas, y luego miró hacia los dos cestos, apenas mediados de plateados ejemplares casi vivos aún.

—En buena lógica, tendría que haber mucha pesca. Recuerda que encontramos anteayer aquel banco repleto. Luego están las corrientes de estos días. Y, sin embargo, sólo salió esa miseria.

—Bueno, déjalo — le aconsejó Sam—. Es mejor resignarse con lo que hay. Ya oscurece, y debemos llegar lo antes posible a puerto. Si llegan los hermanos Vincent antes que nosotros, harán su venta y encima nos quedaremos con nuestro pescado. Es lo único que nos faltaba ya...

Barney asintió, y remó con mayor fuerza hacia tierra firme, ayudado por la corriente que en aquel punto impulsaba el oleaje hacia la costa Con rapidez, la oscuridad se les echaba encima por momentos.

De repente, Sam clavó sus ojos en las aguas limpias y tranquilas. Barney lo advirtió, y le miró, dirigiendo luego su ojeada al mismo punto que su compañero, a la borda de la lancha pesquera.

—¿Qué te pasa? — indagó—, ¿Viste algo?

—No sé... Hubiera jurado...

—Yo también lo pensé hace un rato, Sam. Porque estuve seguro de ver *algo.*

—¿Y qué era?

—No... no quisiera decírtelo. Por si me tomas por borracho. Como antes tomé esos tragos de aguardiente, no me gusta que tú

pienses...

—No seas necio. Yo no he bebido aguardiente ni nada. Y estoy seguro de que he visto algo que *no puede* ser. Tal vez el reflejo del sol poniente, las aguas... me hizo un efecto, un espejismo. Ocurre a veces.

—¿Los dos íbamos a ver un espejismo, Barney?

—No sé... — se rascó la cabeza, tratando de escudriñar las aguas, cada vez más oscuras, como la tarde misma. Ya en el puerto, no muy lejano, empezaban a brillar luces dispersas, festoneando la orilla del embarcadero—. Es que eso no es posible, sencillamente.

—De acuerdo. La lógica nos dice que *no es* posible. Pero debemos indagar, tratar de estar seguros...

—Yo lo único que quiero, es llegar lo antes posible a tierra. Con eso, sinceramente, me conformo, créeme. Hoy, no sé por qué, empiezo a sentir aprensión. Primero el fallo de... de la pesca, luego la ausencia inexplicable de peces... y ahora... *esto*. Empieza a ser demasiado para mí, amigo. Rememos, y deprisa. Tengo el presentimiento de que algo anda mal. Muy mal...

Sin discutirlo, de mutuo acuerdo, Sam y Barney remaron con todas las fuerzas de que eran capaces y que, en hombres rudos y fuertes como ellos, avezados a la lucha constante con la mar, con el mínimo de recursos a su alcance, eran muy considerables.

La barca hendió las aguas con mayor celeridad, aproximándose por momentos al muelle, ya bien visible, a cosa de media milla de distancia.

Y, de repente...

De repente, el horror surgió del mar.

La barca se agitó, alzándose en ¡as aguas, con un crujido tremendo de madera agrietada. Luego, el casco se astilló brutalmente, mientras los peces de las cestas eran lanzados violentamente al aire, junto con los propios pescadores, cuyos gritos de terror resonaron inútilmente en el mar en sombras, bajo el cielo azul oscuro del atardecer.

La barca volcó, haciéndose añicos por la terrorífica presión del ser surgido de las aguas, cuya acción sobre la frágil embarcación convirtió prontamente a ésta en una serie de fragmentos dispersos en la superficie. A ellos trataron de aferrarse, nadando desesperadamente, los dos camaradas. Pero sus miembros,

atenazados por el espanto de la increíble experiencia que les tocaba vivir, no fueron lo bastante rápidos para alejarles del peligro que formaba aquel torbellino espumeante que ahora era la superficie marina, en torno a la criatura surgida de las profundidades, y cuyo aspecto provocaba en ellos la más absoluta incredulidad, junto con el miedo invencible que la muerte inmediata provoca en cualquiera.

Pero quizás de todos modos hubiera sido lo mismo.

De aquello no se podía huir, no se lograba escapar en modo alguno. Tanto Sam como Barney lo supieron, desde el momento mismo en que vieron la dantesca aparición. Y eso les advirtió de su irremisible final, antes de producirse realmente.

Bastó que luego el ser surgido de las aguas se fijara en ellos, lanzándose sobre sus figuras movidas por las aguas agitadas, para que la suerte estuviera definitiva y fatalmente echada.

Porque la sombra de la criatura se proyectó sobre ellos, y luego cayó con toda su virulencia sobre ambos. Los cuerpos fueron alzados, golpeados y aplastados por una furia demoledora que no perdonaba.

Al terminar el breve choque, Barney y Sam eran dos cuerpos sangrantes, lanzados sobre las aguas, que engulleron en breveespacio de tiempo aquellas formas humanas, rotas y maltrechas.

La sangre quedó como una siniestra mancha, burbujeando en la superficie y salpicando los restos de la barca, mientras los peces muertos flotaban en el mar, como un signo más de muerte.

Luego las aguas formaron otro remolino cuando la forma viviente, monstruosa, se hundió en su fondo de nuevo, llevándose consigo a las profundidades los cuerpos de los pescadores, tal vez como festín horrendo de su voracidad.

En la superficie marina, de un azul profundo y torvo, ya sólo quedaban tablas y pescados inertes. Ni rastro de los dos pescadores sumergidos. Ni rastro de la fantástica tragedia que allí había tenido lugar momentos antes, a sólo media milla del puerto costero.

* * *

Scott Barnes, oficial del Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos, contempló con escepticismo a las dos personas que tenía ante sí.

—Eran ocho los jóvenes que viajaban con ustedes, ¿no es así? —

puntualizó.

—En efecto. Dos parejas en nuestro yate... y las otras dos en el yate de uno de ellos, mi joven amigo McCarter.

—Y todos han muerto.

—Todos — resopló Boris amargamente. Se cubrió el rostro con las manos—. Fue espantoso..

—Pero ni usted ni la señora saben *cómo* sucedió —dijo el guardacostas, mirando fijamente ahora a Ilonka.

—Exacto — afirmó ella—. Cuando llegamos... todo había sucedido ya.

—¿Y qué fue ese *todo*, según ustedes?

—No tenemos la menor idea, señor — resopló Boris—. Sólo había cadáveres, cuerpos destrozados, sangre... Tuvo que ser una espantosa masacre —Bien. Ahora veremos todo eso — el oficial de guardacostas contempló la playa, ya cercana, mientras la canoa patrullera avanzaba rápida hacia la arena, con su cañón de proa a punto, en previsión de cualquier contingencia. Tras ellos, el yate de Boris quedaba meciéndose, anclado en alta mar, y ante ellos, interponiéndose entre la embarcación de guardacostas y la orilla, el otro yate, el del joven McCarter.

—No hay mucho agradable que ver, señor — comentó Boris, sombrío—. Ni esclarecedor tampoco. Me pasé casi media hora contemplando los cadáveres, la escena toda del hecho. Recuerde que la señora y yo estábamos a sólo un cuarto de milla del escenario del suceso, y no pudimos oír otra cosa que gritos súbitos, unos sonidos extraños... y luego el silencio total, absoluto.

¿Sonidos extraños? ¿Qué clase de sonidos, señor? se interesó el oficial de guardacostas vivamente.

—No lo sé. He intentado interpretarlo mientras salía en busca de ustedes tras haber transmitido por radio el mensaje de emergencia. Pero no logro concretarlo.

—¿Y usted, señora? — de nuevo el oficial se volvió a Ilonka.

—No, tampoco — sollozó ahogadamente ella—. Era... era como un chirrido profundo.

—¿Un chirrido?

—Sí. Me recordó a una plaga de langostas, allá en mi tierra natal, en Centroeuropa. Una vez, de niña, presencié una de ellas en la finca de mis padres, en Checoeslovaquia. Tenía un sonido similar,

pero no exactamente igual.

—Aquí no hay plagas de langostas por ahora, que yo sepa —comentó secamente el marino.

—No, claro que no — suspiró Boris—. No suelen producirse junto al mar. Además, tampoco creo que fuese eso. Pero resultaba aterrador, no sé por qué.

—¿Qué aspecto ofrecen los cadáveres?

—Espantoso. Algo les trituró huesos y carne. Tienen desgarros terribles. La sangre saltó a gran distancia y con violencia... Ninguno pudo escapar o intentar alejarse demasiado. Yacen en cosa de un radio de treinta o cuarenta yardas. Algunos... oh, es horrible decirlo, pero...

—Prosiga —le invitó el joven oficial Barnes—. ¿Qué es lo que resulta tan horrible decir, señor?

—Que algunos parecen... *devorados.*

—¿Devorados?

—A medias, claro. Pero les faltan grandes trozos de carne de sus cuerpos. Hay incluso vísceras dispersas por la arena, cabezas separadas del tronco, como si grandes guadañas les hubiera segado el cuello...

Se estremeció, bajando la cabeza. La velocidad de la embarcación guardacostas les aproximaba ya velozmente a la playa. El oficial, perplejo, cambió una mirada con sus hombres, formados en la cubierta gris blanca de la ligera y esbelta embarcación.

—¿Está seguro de que no hay alguna clase de criminales ocultos en ese Cayo?—se aventuró a preguntar tras una indecisión.

—¿Criminales? No puedo saberlo. El Cayo es pequeño, pero dudo que pueda ser recorrido para comprobar eso con facilidad —objetó Boris—. Sin embargo, no creo que eso explique nada de cuanto sucede. No puede ser la obra de unos criminales lo que vimos en esa playa. No tendría sentido. No vimos a ser viviente alguno. Ni creo que hubiese tenido tiempo nadie, ni tan siquiera un grupo numeroso de gente, para terminar en sólo unos minutos con ocho personas jóvenes, habituadas a practicar deporte y, por tanto, perfectamente dotadas físicamente para defenderse.

—Entonces... ¿qué explicación se puede dar a esa masacre?

—Lo siento, oficial. Creo que eso es cosa de ustedes, las autoridades. Yo no puedo ayudarles más que como testigo del

hecho. Y mucho me temo que mi testimonio sea insuficiente por completo, porque nada vi ni nada entiendo. Lo que diez minutos antes era una alegre reunión de juventud, se ha convertido en un cementerio sangrante y espantoso. Eso es todo lo que Ilonka y yo sabemos, por desgracia.

—Está bien. Veremos lo ocurrido — el oficial asintió con gesto preocupado, y ya no habló nada hasta que la embarcación oficial del Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos se hubo detenido frente a la playa, y los hombres uniformados saltaron a la arena, con sus armas dispuestas ante cualquier posible contingencia.

Moscas e insectos habían acudido al olor acre de la sangre y de los cuerpos muertos bajo el sol poniente. La visión de la escena provocó un gesto de instintiva aversión y horror en el oficial Barnes. Luego, pausado, dio órdenes a sus hombres, y envió a uno al barco, para que transmitiera un mensaje urgente a otra unidad costera de servicio.

Luego empezó el examen minucioso de las víctimas y de la escena de la tragedia. Nadie habló durante un período de tiempo, salvo para comentar con alguna interjección de horror lo que se presentaba ante sus ojos.

—Un momento — avisó repentinamente la voz de Scott Barnes a sus hombres, e incluso al propio Boris—. No pisen ahí. Ya veo que ustedes dos pisaron antes, pero sería mejor que nadie volviera a hacerlo.

Boris y los marineros .miraron al punto señalado por Barnes. Boris pestañeó. No lo había advertido antes, era evidente. Pero en la arena había huellas. Señales de algo insólito.

Eran grandes marcas profundas, unas redondas, y las ¡otras formando líneas como las que dejan unos esquíes al caminar en la nieve. Vistas así, resultaban total y absolutamente inexplicables. Su tamaño era bastante más alargado que el cuerpo de un hombre.

Las huellas se repetían, dispersas por la playa. Pero tenían un origen claro: la orilla misma del mar. Las había producido algo que vino de las aguas, eso era obvio.

—¿Qué cree que puedan ser? — indagó Boris, perplejo.

—No lo se — contestó el oficial—. Pero no hay duda de que es el único rastro que tenemos de quienes vinieron a atacar y matar a sus amigos. Puede ser la huella dejada por algún extraño vehículo.

Da la impresión de que esas señales alargadas, pudieron ser hechas por unas palas o cosa parecida, al moverse en la arena.

—¿Y las otras huellas, las más profundas?

—Lo ignoro. Fotografiaremos todo esto, y enviaremos las pruebas al Departamento de Marina. Ellos investigarán el asunto. Desgraciadamente, es lo único que podemos hacer ya aquí. No se puede hacer nada en absoluto por esa pobre gente.

Los subordinados del oficial Barnes fotografiaron repetidamente el escenario de la masacre, con detalles y con vistas generales, concentrando particularmente su interés en las heridas de algunas víctimas, que enfocaron en primeros planos, y sobre todo en las huellas formadas en la arena, que ellos sabían durarían poco tiempo, barridas poco a poco por el aire marino y la marea alta.

—Ahora, trasladen los cuerpos a bordo — pidió el oficial a sus hombres—. Nos vamos de aquí. Otro guardacostas se aproxima, con la misión de rastrear en toda esta zona, por si se halla alguna embarcación oculta, o hallan algo de interés que nos ayude a despejar la incógnita de semejante matanza. ¿Vienen ustedes?

—Sí — suspiró Ilonka, muy pálida.

—Después de todo, nadie puede ya ayudar a nuestros amigos, y nosotros menos que nadie, oficial — apoyó Boris, sombrío—. Supongo que tendremos que comparecer a declarar ante las autoridades navales y civiles de Florida...

—Supone bien. Es una misión poco grata, pero inevitable. Ustedes son, por ahora, los únicos testigos de los hechos... con excepción, naturalmente, del culpable o culpables de esto. Vengan, yo les tomaré declaración previa. De paso, les haré servir algún refrigerio a bordo Deben de estar muy impresionados.

—Imagine —resopló Boris—. Salir con unos amigos de excursión placentera por estos cayos e islotes... que todo termine así. Dios mío es cómo una pesadilla.

—Sí. Pero una pesadilla de la que no pueden desertar—apuntó gravemente el oficial del guardacostas—. Eso es lo malo de los sueños que no son tales, no la más cruda de las realidades...

Momentos más tarde, estaban ya a bordo del guardacostas, mientras los funcionarios navales trasladaban los cuerpos a bordo, cuidadosamente, para depositarlos ten un camarote habilitado al efecto.

No tardó en comparecer, a toda máquina, un segundo guardacostas llamado por el oficial Barnes, que ancló junto al primero. Otro oficial subió a bordo, y ambos cambiaron impresiones, procediendo luego a hacer una serie de preguntas a los dos angustiados testigos.

Estaban terminando la entrevista, ya de regreso a su base en Florida, mientras quedaba la segunda unidad costera frente a la playa del cayo trágico, cuando un marino entró en la cámara, con un papel en su mano.

—Mensaje radiado urgente, señor —saludó respetuoso, entregando a Barnes el mensaje radiotelegráfico inmediatamente—. De Biscayne Bay.

El oficial Barnes leyó el texto, arrugando el ceño con rostro perplejo. Sin hacer comentario alguno, pasó el mensaje al otro oficial. Este también reveló sorpresa y desorientación en su rostro. Cambiaron ambos una mirada. Boris e Ilonka no entendían nada, pero presentían que algo grave estaba sucediendo en otro lugar.

—Es raro — comentó Barnes—. Estamos muy cerca de la zona, pero creo que sería preferible que otra unidad se ocupara de eso, mientras yo llevo los cadáveres y el informe a tierra. Dígales a Biscayne Bay que avisen a la unidad cuatro, que patrulla por aquella zona. Y que informaré de los motivos que me impiden ocuparme de eso.

—Sí, señor — el radiotelegrafista abandonó la sala con rapidez.

Una vez solos de nuevo, la mirada preocupada del oficial Barnes se fijó en Boris e Ilonka. Meneó la cabeza, y les tendió el mensaje recibido.

—Lean eso, por favor — pidió—. ¿Creen que tendrá algo que ver con lo ocurrido en el Cayo?

Boris dilató sus ojos, al fijarlos en el mensaje allí escrito:

«DOS PESCADORES DESTROZADOS FRENTE A BISCAYNE BAY. SU BARCA FUE HECHA TRIZAS POR ALGO. AMBOS FUERON ARRASTRADOS POR LAS AGUAS HASTA LA ORILLA. TIENEN SUS CRANEOS APLASTADOS Y SUS CUERPOS ESTAN VIRTUALMENTE TRITURADOS Y MEDIO DEVORADOS. SIN RASTRO DE NADA EN LAS AGUAS. PRECISAMOS INVESTIGACION EN ZONA, A SER POSIBLE CON HOMBRES RANA.»

—Cabezas aplastadas... cuerpos triturados y medio devorados...

—jadeó roncamente Boris, muy pálido, soltando el papel—. Dios mío. Eso describe perfectamente el estado de mis compañeros…

—Si. Pero se refiere a dos pescadores que murieron a muchas millas de allí, cerca de Miami… y del mismo modo que esas jóvenes parejas. Extraño, ¿no?

CAPITULO III

LARRY Jordan contempló pensativamente el mapa de las costas de Florida. Muy despacio, se volvió hacia Duke Dalton, sentado apaciblemente en una butaca de la amplia sala.

—Creo que nos necesitan — comentó.

—Hay muchos especialistas en cosas así — bostezó Dalton, encogiéndose de hombros.

—Pero pocos como tú y como yo. No podemos dejar a la Marina metida en ese lío, Duke.

—Recuerda que ya hemos dejado de ser buceadores y todo eso. Tenemos un cargo más importante, otras tareas más responsables...

—Pero en una oficina. Y no creo que las cosas que no están explicadas se aclaren fácilmente desde una oficina.

—¿Por qué no? — gruñó Duke Dalton—, Alguien tiene que dar las órdenes, y otros obedecerlas. Hasta hace poco tiempo, nosotros éramos de los segundos. Ahora, merecidamente creo, estamos entre los primeros. Son otros los encargados de obedecer, de sumergirse cuando se lo mandan, no nosotros.

—A mí sigue gustándome más el fondo del mar que una oficina en tierra firme — confesó secamente Larry—. De todos modos, los hombres-rana han buscado ya en esas dos zonas, sin encontrar absolutamente nada en ella.

—Bueno, ¿y qué, por todos los diablos? Ellos también son especialistas en su tarea. Si no han hallado nada, ¿por qué habríamos de encontrarlo nosotros?

—Porque tenemos experiencia y no nos conformamos fácilmente. Recuerda el caso del hundimiento del *Sikura Maru*. O el misterio del *Mary Jane*. Lo resolvimos en las profundidades, a costa de buscar más que otros compañeros. Eso es importante, Duke. No

resignarse a hacer las cosas rutinariamente, sino a buscar, buscar siempre, dondequiera que sea., y hasta el fin.

—Perfecto, amigo Larry, pero no vas a convencerme —bostezó Duke—. No me gusta volver a meterme en ese traje de goma, colgarme las bombonas de aire de la espalda, y lanzarme al fondo. Me he vuelto comodón. Soy un burócrata. Y pienso seguirlo siendo, amigo mío.

—Pues yo, no — mantuvo con firmeza Larry—. Voy a ofrecerme al oficial encargado del asunto. Quiero ver qué hay en común en esos dos casos, separados entre sí por más de cien millas. Tiene que tratarse de algo raro, poco común.

—No sé por qué. Puede haber sido un doble acto de piratería, nada más. Aun así, no veo el beneficio de ello, porque nadie robó nada, ni a los ocupantes de los yates ni a los pobres pescadores...

—Por eso me extraña más aún el caso. Malar por matar, no tiene sentido.

—¿Qué esperas encontrar? ¿A la mítica serpiente de mar?

—Nunca se sabe, Duke. Nunca... Estaba pensando.

—Pensando ¿en qué?

—Mira estas dos zonas — con su mano, trazó un círculo en cada punto de los hechos acaecidos: uno en Biscayne Bay, y otro en el Cayo donde fueran destrozadas ocho personas—. ¿Qué ves en ellas?

—Nada. Agua y tierra. La costa de Florida, un cayo... Y bastante distancia entre ambas, eso sí.

—Yo veo mucho más. Y si tu mente no se hubiera embotado tanto, con tus nuevas ideas burócratas, recordarías algo de nuestros tiempos de buceadores de la Armada.

—¿Qué?

—Esto — la mano de Larry se detuvo ahora en un punto concreto, abarcando con sus dedos desde Cabo Sable, al sudoeste de la península de Florida, hasta La Habana, en la isla de Cuba—. Se le llamó entonces «Zona Z». ¿Eso te refresca un poco la memoria?

—«Zona Z»...—Duke Dalton se irguió, abriendo los ojos, repentinamente excitado—.

Oh, ¿eso? Pasó mucho tiempo ya. Y se comprobó que todo fue un error de nuestro Servicio de Inteligencia.

—No se comprobó nada. Oficialmente, el asunto se cerró por falta de evidencias. Pero no fue solamente nuestro Servicio de

Información el que detectó la presencia de un objeto sospechoso en las aguas atlánticas, entre Cuba y Florida, sino que localizamos a cinco supuestos pesqueros soviéticos en las proximidades, así como a varios aviones cubanos revisando un amplio sector del mar repetidamente. Luego nuestros detectores captaron la existencia de algo radiactivo en el fondo de las aguas.

—Y todos estuvieron de acuerdo en que algún ingenio soviético se había hundido en esa zona. La teoría que mayor aceptación tuvo, fue la de una bomba nuclear para los cubanos, que se había hundido por accidente entre sus costas y las nuestras—Duke meneó la cabeza, con gesto de escepticismo—. Recuerda en qué quedó todo: en agua de borrajas. Aunque vigilamos muy de cerca a los pescadores rusos y a los aviones de reconocimiento cubanos, aunque enviaron abajo a los mejores hombres-rana de la *Navy*, ¿Qué fue lo que encontramos? Nada. Absolutamente nada… salvo un fragmento de uno de nuestros propios satélites artificiales, que era el que emitía radiaciones desde el fondo del mar. Un fragmento tan pequeño e insignificante, que los rusos no hubieran hecho con él absolutamente nada de nada. Y eso fue todo.

—Sí, Duke. Eso fue todo… hace ya ocho años. Las cosas quedaron así explicadas con sencillez, pero lo cierto es que yo siempre pensé que había habido algo más en aquel asunto.

—¿La famosa bomba atómica soviética? — bromee Dalton.

—Lo que fuese. Pero ellos buscaban algo más que un simple objeto sin valor, desprendido de un satélite que se hizo añicos al caer en la atmósfera de nuevo.

—Quizás eso sea cierto. Y cuando se encontraron con el motivo de su búsqueda, se llamarían estúpidos y dejarían el asunto para que nosotros demostráramos también lo necios que somos.

—Yo no creo que ellos pudieran equivocarse. No hubiesen movilizado tantos recursos si sospechan que es tan sólo un trozo de satélite artificial. Allí había algo más que nunca supimos.

—Aunque así fuera, ¿qué diablos tendría eso que ver con lo de ahora? Hace ya ocho años de todo ello, Larry.

—Lo sé. Pero me sorprende que los escenarios de ambos hechos hayan estado delimitando precisamente la «Zona Z».

—Creo que podrías dedicarte a escritor, en vez de trabajar para los servicios técnicos de la Marina. Tienes suficiente imaginación

para ello.

—Quizás. De momento, no voy a cambiar de oficio, sino a recordar un poco el mío anterior.

—¿Insistes en bajar al fondo como un hombre-rana más?

—Sí —asintió Larry—, Insisto.

—Eres un maldito cabezota, y debería enviarte al diablo —resopló airadamente Dalton, mirando ceñudo el mapa y luego a su amigo. Después, su tono de voz cambió totalmente—: Está bien, cuenta conmigo. Bajaré al mar otra vez...

Larry sonrió ampliamente.

—Sabía que dirías eso, amigo mío. ¿A qué estamos esperando? Vamos ya...

* * *

La unidad especial costera se mecía suavemente en las aguas. Por su borda, saltaron ágilmente las dos figuras embutidas en goma. Una, de color naranja. La otra, de color azul. El agua formó espuma sobre ellos, a medida que se sumergían más y más profundamente en las limpias aguas, al sur de Florida, en aguas jurisdiccionales norteamericanas, pero muy próximas a las cubanas.

Ante los ojos de ambos submarinistas, se abrió súbitamente el abanico maravilloso del fondo marino, con su coloración azul brillante, los peces que cruzaban rápidos ante la luz de sus proyectores submarinos, despidiendo destellos dorados o multicolores, y las rocas cubiertas de musgos y de plantas subacuáticas.

Larry Jordan y Duke Dalton eran dos veteranos de las profundidades. Nada de todo aquello guardaba secretos para ellos, aunque siempre se admirasen de las bellezas que el fondo del mar guarda a quienes lo visitan. Sin embargo, no estaba allí para divertirse en la contemplación del impresionante paisaje marino, sino para buscar algo que ni ellos mismos sabían lo que era.

Duke se limitaba a seguir las evoluciones de su amigo, esperando que fuese Larry quien marcase la pauta, puesto que suya era la idea de haber vuelto allí como hombres-rana, tras haber alcanzado un puesto de mando en el Departamento de Marina de los Estados Unidos, como técnicos en cuestiones relacionadas con el fondo del mar.

Estaban sumergiéndose exactamente en el lugar donde fueran

despedazados los dos infortunados pescadores. Aún eran visibles en algunos puntos los cuerpos de los peces muertos, muchos de ellos a medio devorar por sus congéneres. También hallaron pronto objetos metálicos de la embarcación pesquera, como era una polea, la chapa de matrícula y otros objetos, dispersos sobre los sedimentos del fondo.

Se miraron ambos submarinistas, a través de las aguas y de los cristales de sus gafas, como preguntándose mutuamente algo. Alrededor de ellos, todo parece absolutamente normal, incluso en el ritmo de marcha y movimientos de las bandadas de peces.

Cuando emergieron a la superficie y Larry depositó los objetos de hierro en la cubierta del guardacostas Dalton hizo un comentario irónico:

—Como verás, nada de nada, amigo mío…

—Tampoco esperaba tener éxito tan pronto— replicó secamente Jordan—. Pero aún nos falta visitar otro punto: las aguas del cayo donde tuvo lugar la masacre.

—¿También vamos a sumergirnos ahí?

—También. A menos que tú prefieras esperarme en cubierta — sonrió Larry.

—Diablo, ya sabes que bajaré contigo. Pero sigo pensando que todo esto no tiene objeto alguno. No encontraremos nada anormal, estoy convencido.

—Quizás. Pero hay que intentarlo. Además, ello no explicará que haya ocurrido lo que ocurrió, ¿no te parece? Aunque no hallemos nada de nada, ¿no será cierto que, forzosamente, *algo* tuvo que surgir del mar para llevar a cabo esas atrocidades?

—Sí, pero ¿qué?

—Ah, eso…—Larry miró a las aguas, sobre las que volvían a navegar con la unidad guardacostas, en busca del segundo punto elegido—. Eso, tal vez nunca lleguemos a saberlo. Pero no podemos resignarnos a ello sin luchar.

* * *

El capitán Raúl Rivero, del servicio de vigilancia aeronaval de La Habana, se quedó contemplando pensativo el mar tranquilo que se extendía ante las costas cubanas. Lentamente paseó por el recinto fortificado, situado frente a las aguas norteamericanas. De nuevo entiló sus poderosos prismáticos sobre un lugar en aquellas aguas.

—Ahí están — dijo—. Se confirma lo que detectó nuestro avión de reconocimiento frente a Biscayne Bay.

Es la misma unidad de guardacostas de los Estados Unidos. Y parecen ser los mismos hombres-rana. Uno de azul y otro de naranja.

—Pero no han violado aguas cubanas, señor.

—No, claro que no — el capitán Rivero se mordió el labio inferior, muy pensativo—. No podemos objetar nada a sus actividades, pero sí podemos preguntarnos qué están buscando ahí.

—No parecen llevar intenciones agresivas—opinó su subordinado.

—No, no creo que sea ésa su intención. Simplemente, es una tarea de búsqueda. Pero ¿de qué? Sabemos que han sufrido en esos puntos dos sucesos extraños que están investigando, según las informaciones recibidas desde Miami. Pero ya estuvieron anteriormente otros muchos hombres-rana. Ahora vienen esos dos. Sólo dos... Y van muy bien equipados. Juraría que son especialistas en inmersiones muy profunda;».

—¿Eso puede ser peligroso para nosotros?

—¿Peligroso? No, claro que no, mientras no sean espías que, usando el fondo del mar, se aproximen a nuestras costas, cosa que no creo. De todos modos, haremos que un submarino vigile la zona. Por otro lado, no sería mala cosa ofrecerles ayuda.

—¿Ayuda?—pestañeó su subordinado—. ¿A los yanquis?

—¿Por qué no? — sonrió el capitán Rivero apaciblemente—. No somos enemigos mortales, después de lodo.

Se puede compartir entre ambos una misión de rescate o de investigación. Y en el fondo, es un medio de estar lo más cerca posible de ellos, para estar seguros de lo que realmente buscan...

—Seguramente se negarán muy cortésmente a aceptar ayuda nuestra.

—Seguramente. Pero no se pierde nada intentándolo. Prepare un mensaje...

Minutos más tarde, el mensaje era transmitido a la unidad guardacostas americana, mientras se despachaba otro para que un submarino vigilase la costa cubana teniendo bajo su control a los americanos.

El capitán Rivero se llevó una pequeña sorpresa cuando llegó la

respuesta radiotelegráfica del guardacostas:

«AGRADECIDOS OFERTA AYUDA, ACEPTAMOS GUSTOSOS. UN SALUDO: LARRY JORDAN.»

* * *

La canoa cañonera cubana se detuvo en los límites jurisdiccionales de las aguas cubanas. Allá, en los Cayos, continuaba la inmersión de los dos hombres de azul y naranja.

De la cañonera se alejó una embarcación ligera, con dos tripulantes a bordo. Se aproximó con rapidez a la zona de búsqueda. Ambos vestían trajes de inmersión, en color amarillo y negro, respectivamente. En la distancia, los binoculares del capitán Rivero y el periscopio de un pequeño submarino cubano, seguían las evoluciones de todos los personajes allí reunidos.

—Ya vienen —señaló Dalton, ceñudo, sacudiendo el agua de sus cejas, una vez a bordo del guardacostas—. ¿Crees que has obrado prudentemente al aceptar extraños en esta tarea?

—¿Por qué no? Que yo sepa, no es un asunto de espionaje ni de cariz militar... al menos *todavía*. Negarse a esa ayuda, es poco correcto y denota recelo y afán de guardar un secreto. Como todo eso, de momento, está injustificado, ¿no es más sensato aceptar la cooperación de expertos que puedan servirnos de ayuda en un momento dado?

—No sé si esto les gustará a los jefes —gruñó Dalton—. Es irregular, Larry.

—Yo siempre he sido irregular en mis procedimientos — rió Larry de buen humor—. Deberías de estar habituado a ello, Duke.

—Hay cosas a las que uno no se acostumbra nunca —fue el comentario malhumorado de su amigo.

Jordan no comentó nada en ese punto. Estaba más atento ya a la canoa de los cubanos que, al llegar junto al guardacostas, detuvo su marcha, y los dos hombresrana subieron a bordo ágilmente, ayudados por los marinos de servicio en la unidad.

—Bien venido a bordo — saludó Larry en español.

—Gracias. Un saludo de amigos — respondió a su vez el cubano en perfecto inglés. Jordan se echó a reír, y se estrecharon mutuamente las manos. Al llegar al submarinista de amarillo, Larry se llevó una sorpresa. Quedóse mirando el suave rostro ovalado, enmarcado por la caperuza de ceñida goma, con las gafas sobre la

frente, y murmuró, desorientado:

—Vaya... No son dos hombres-rana, a lo que veo... sino un hombre-rana... y una mujerrana, valga la palabra.

—Exacto—rió el cubano—. Yo soy Jorge Carreras, hombre-rana de la Marina cubana. Ella es mi compañera Elsa Guzmán. También pertenece a la Marina.

—Esto sí que es un placer inesperado — observó con rapidez aquellos grandes ojos castaños, la tez broncínea, los labios carnosos y, sobre todo, el cuerpo perfectamente moldeado, que el ceñido traje de goma amarilla marcaba con nitidez—. Y no es una simple frase de cumplido, se lo aseguro, señorita Guzmán. Nosotros somos Duke Dalton y Larry Jordan, de la Marina de los Estados Unidos.

—Me alegra conocerles, Larry — dijo ella con sencillez, hablando un fluido inglés—. No usad tratamientos ampulosos. Sólo soy Elsa para todos. Aquí, todos somos amigos y colaboradores.

—En efecto —Larry asintió, sentándose ante ellos, en la cubierta —. Como comprenderán, no se trata de una misión militar ni secreta. Por eso acepté encantado su ayuda.

—Sí, lo entiendo — asintió Carreras—. Pero de todos modos, tampoco será un trabajo civil...

—No lo es, por corresponder al servicio de guardacostas. Pero ignoramos la naturaleza de lo que estamos investigando, ésa es la verdad.

—¿Está relacionado con los sucesos de Cayo Hondo y de la Bahía de Biscayne?

—Sí —le miró, curioso—, ¿Están enterados de eso?

—Lo han dado sus emisoras y sus periódicos. Una agencia de noticias lo reprodujo en la prensa cubana. ¿Cuál es la teoría oficial?

—Ninguna. No hay teoría. Sólo suposiciones diversas, y nada concreto. Por eso estamos ahora aquí —En esta zona, ocurrió algo delicado hace años..

—Lo sé — afirmó Larry—. No lo he olvidado, porque trabajé en ello.

—Yo también —resopló el hombre-rana cubano—. Creo que ambos bandos sospechábamos del otro. Siempre estuvimos seguros de que los Estados Unidos habían perdido una bomba nuclear en esas aguas.

—Y nosotros, de que era la URSS la que extravió el ingenio

atómico — sonrió Jordan—, Y al final, resultó ser solamente… un fragmento de satélite artificial caído en el mar.

—¿Está seguro de que eso fue todo, Jordan? — los ojos oscuros de Carreras se fijaban en él.

—No —confesó Larry abiertamente—. Nunca lo estuve. Pero no se halló nada que confirmase mis temores, y el asunto se olvidó definitivamente.

—No pudimos equivocarnos ambos lados —meneó Carreras la cabeza—. Tuvo que haber algo más ahí abajo… y me pregunto qué sería, exactamente.

Jordan no dijo nada. Estaba mirando a la bella cubana, que preparaba las aletas natatorias de sus pies, para la zambullida inmediata.

—No habla usted mucho, Elsa — apuntó.

—No, no mucho — convino ella, alzando sus grandes ojos hacia él—. Prefiero actuar.

—Es una buena idea. ¿Bajamos ya?

—Cuando gusten — asintió Carreras.

Momentos más tarde, las aguas engullían a los cuatro submarinistas, cuyos cuerpos descendieron velozmente hacia las profundidades, mientras éstas se teñían de mil colores esplendorosos, cuando la luz de sus lámparas especiales empezaban a rasgar las azules sombras de lo profundo.

Era como si un mundo de plata les rodeara por doquier.

Bandadas de peces bellísimos de color, destellando como metal precioso sus escamas, bajo la luz de los focos especiales de inmersión, desfilaban a ambos lados de su camino en descenso hacia las profundidades azules, cada vez más oscuras e impenetrables. Las rocas, formando caprichosas estructuras, daban al paisaje marino el aspecto de un mundo misterioso y lejano, que nada tuviera que ver con el planeta Tierra, Para todos los submarinistas, evidentemente, esas características eran lo bastante conocidas para no maravillarles. A través de los gruesos vidrios de sus gafas de inmersión, se limitaban a buscar algo que no fuese tan ostensible, la señal o huella que pudiera explicarles lo sucedido recientemente en aquellas zonas marítimas.

Pero nada anormal, nada insólito, salvo la propia belleza natural del mundo submarino, aparecía ante ellos. El mar continuaba

guardando su secreto, si es que realmente había alguno, como sospechaba Larry Jordan.

Se miraron entre sí en diversas ocasiones, haciendo movimientos negativos con sus cabezas. Duke Dalton iba filmando en una cámara especial las secuencias subacuáticas de su excursión, tal vez para poder comprobar más tarde, una vez revelada la película, algo que se les pudiera haber escapado en su examen ocular, o algo de lo que no estuvieran demasiado seguros.

Jordan observó que una figura se adelantaba a todas, profundizando más y más lejos, penetrando con facilidad entre grietas rocosas o desapareciendo bajo selvas auténticas de algas, que las corrientes marinas agitaban permanentemente. En algunos puntos de las rocas, la luz de los proyectores arrancaban destellos multicolores de gran belleza a los corales allí abundantes.

La figura que se perdía, aventurándose más que ninguno de ellos, era la del traje de goma amarillo. Se trataba de la joven cubana, Elsa Guzmán.

—Demasiado atrevida — pensó Jordan para sí—. Es una buena submarinista, y tiene experiencia. Pero eso la confía demasiado. Si surgiese algún peligro inesperado, podría verse en graves dificultades...

Y optó por seguirla a prudencial distancia, para vigilar sus movimientos e impedir cualquier posible riesgo para la bella muchacha isleña.

En el azul de la profundidad, el amarillo de aquel traje de inmersión hacía resaltar con tonalidades fluorescentes la armonía de su cuerpo femenino, de largas piernas, fuertes muslos y rotundo trasero. Las caderas y los firmes pechos también se silueteaban en el vivo amarillo de su indumentaria submarina.

Estaba Jordan admirando sus líneas de mujer espléndida, cuando intuyó la proximidad de algo inquietante.

También él, siguiendo el rastro de la joven Elsa, se había alejado considerablemente de Dalton y Carrera, y al girar en torno su mirada, observó que la joven cubana y él estaban absolutamente solos en el fondo del mar, en aquel paraje rocoso, a bastantes brazas de profundidad.

Supo que la intuición suya tenía un motivo físico. Había captado fugazmente una sombra grande encima de su cabeza y del cuerpo

de Elsa. Pero la sombra ya no estaba cuando alzó los ojos en su busca.

Una sombra demasiado grande para pertenecer a pez alguno conocido. Cierto que en aquellas latitudes podía uno tropezarse con relativa facilidad con los tiburones, pero éstos eran más bien tintoreras de pequeño tamaño y nunca escualos de grandes dimensiones.

Aquella sombra fugazmente presentida más que vista, no correspondía en modo alguno a un huésped habitual de aquellas aguas.

Levantó su foco de luz, escudriñando los salientes rocosos, el paisaje de aire lunar que, bañado por las aguas, cobraba aún perfiles más inquietantes y fantásticos. No descubrió nada en absoluto.

De repente, la lejana luz de! proyector de Elsa, inició un raro bailoteo, allá abajo. La figura de Jordan giró sobre sí misma, y los ojos de él buscaron activamente a Elsa Guzmán.

Captó el bailoteo de la luz. ¡El proyector se había soltado de las manos de la joven, dejando a ésta sumida en una profunda oscuridad!

Pero el motivo de que ella perdiera la luz submarina, estaba claro para el asombrado Larry. Ahora, Elsa esgrimía en su mano un cuchillo largo y afilado.

Pero de poco podía servirle frente a *aquello*.

Jordan, fascinado, descubrió ahora algo más que una sombra. Un volumen gigantesco, aleteando en las aguas, descendía sobre Elsa como un animal de presa, y dada su apariencia, podía asegurarse que era tan grande como un ballenato, pero infinitamente más ágil y veloz.

Pasó cerca de Larry, y las aguas se agitaron violentamente, removiéndose los sedimentos del fondo y formando una densa polvareda en torno a Jordan, que le impidieron ver con claridad lo que sucedía.

Los peces, en bandadas, habían huido despavoridos, dejando el paraje submarino totalmente desierto, con sólo tres excepciones: él, Elsa Guzmán… y el monstruo marino, de desconocida naturaleza, que ahora se abatía sobre ella.

Rápido, Larry sujetó su proyector a sus correas, y empuñó su

propio cuchillo, lanzándose como una flecha hacia las profundidades, en busca de Elsa y de su terrible enemigo.

CAPITULO IV

ELSA, con ojos dilatados, contemplaba la forma monstruosa que se agitaba ante ella, en una extraña danza hostil. Apenas si veía sombras, a causa de la pérdida de su luz, pero el proyector lejano de Larry Jordan iba tiñendo de penumbras azules el lugar, permitiéndole descubrir, con horror, a la criatura que se le venía encima, con inusitada ferocidad.

Al identificarlo, su garganta emitió sin duda un grito que, en el mundo del silencio, resultó totalmente inaudible, pero que hizo proyectar un chorro de burbujas desde el expulsor de su equipo de respiración.

Apretó con fuerza el cuchillo, y trató de maniobrar, alejándose de la dantesca forma bailante, aunque sabía que bien poco podía conseguir con la sola ayuda de su arma, frente a un adversario de tal envergadura.

Las aguas se agitaron con violencia, y los sedimentos formaron remolinos turbios en derredor de la submarinista amarilla, cuando la forma agresiva se lanzó hacia ella en una especie de *ballet* violento y mortífero.

La luz de Larry Jordan, en ese momento, llegó hasta ella y su enemigo con la súbita fuerza de un relámpago, inundando de claridad azul la zona. Tanto Elsa como el propio Larry se quedaron sobrecogidos al identificar la naturaleza del increíble adversario.

Era un calamar gigantesco, propio de una película de fantasía o del relato de Verne sobre el viaje del *Nautilus*. Sus dimensiones aterradoras, convertían sus tentáculos en larguísimos tubos de carne viva, palpitante y viscosa, llena de ventosas.

Y esos tentáculos monstruosos, buscaban hacer presa no sólo en Elsa, sino también en Larry. El ortópodo se agitaba con frenesí,

como si fuese una sombra bailoteante en el azul luminoso del mar.

Rápidamente, Jordan se precipitó en una zambullida violenta sobre uno de los tentáculos que intentaban aferrarle, en vez de huir de él. El calamar colosal logró enroscar ese tentáculo a su brazo zurdo. Jordan notó una presión insoportable en aquel punto, que parecía capaz de triturar su brazo o arrancárselo de cuajo, mientras otros dos tentáculos lograban aferrar las piernas de Elsa, impidiéndole toda maniobra.

Larry había buscado esta difícil situación. Y Larry la resolvió, con saña virulenta, resolverla a su favor.

La mano diestra manipuló con energía y precisión el cuchillo. Disparó un tajo fulminante contra el tentáculo que le aprisionaba. Clavó la hoja en el mismo, y el monstruo inició un bailoteo rabioso, intentando apretar más, con todos sus tentáculos en busca de sus adversarios.

Larry logró dar otro tajo, y segó limpiamente el tentáculo, que colgó ya sin vida de su brazo izquierdo, hasta desprenderse. Un mar de tinta brotó de la cabeza fláccida del gran calamar, envolviendo a éste en un perfecto camuflaje, mientras Elsa se retorcía, víctima de la intolerable presión de tres de los tentáculos del animal, que habían logrado hacer presa en ella.

Larry Jordan atacó de nuevo, pero esta vez directamente a la cabeza del ortópodo, donde sepultó su cuchillo rabiosamente varias veces, hasta que la tinta emergió abundante, cegándole por completo, pese a su potente chorro de luz. En uno de los despiadados y bastante desesperados cuchillazos, debió alcanzar un ojo del monstruo, porque en las aguas flotó un humor blancuzco, y los tentáculos del animal soltaron a Elsa, cuyo cuerpo rodó entre las piedras.

Rápidamente, entre otra oleada densa de tinta, el calamar gigantesco emprendió la retirada, mientras Larry, sin pérdida de tiempo, atravesada el negro manchón de tinta, para llegar hasta Elsa que yacía, al parecer inconsciente, sobre las rocas del fondo.

Por fortuna, no era así. Pero estaba muy aturdida. Tenía desgarros en su traje de inmersión, allí donde las ventosas del ortópodo habían hecho presión más violenta, pero eso era todo. Por fortuna, el equipo de respiración estaba intacto.

La tomó por un brazo, tratando de hacerla reaccionar. Ella le

miró torpemente, con gesto de dolor bajo su máscara de inmersión. Rápidamente, Larry la tomó por un brazo, y empezó a elevarse, con la mayor velocidad posible, para salir de las profundidades después de su increíble lucha con un monstruo propio de un relato de fantasía delirante.

Sólo que esto no pertenecía al mundo de la fantasía o de la fábula. Había visto cara a cara al más gigantesco y feroz calamar que jamás existiera. Aún no podía creer que una criatura marina semejante existiera. Pero pensó que si un ortópodo de esas dimensiones atacaba a una embarcación de pescadores, el resultado sería, poco más o menos, el que sufrieran Sam y Barney ante Biscayne Bay.

Pero, ¿y el monstruo que atacó a los jóvenes en la playa del Cayo? Ese no podía ser un ortópodo. Tenía que tratarse de otra especie diferente, aunque igualmente temible.

¿Qué estaba ocurriendo en el mundo tenebroso de las profundidades marinas, para que tan espantosas mutaciones se produjeran, contra toda norma natural?

No podía pensar en ello, porque su tarea ahora era sacar cuanto antes de las profundidades a Elsa, reunirse con Carreras y Dalton, y volver todos a la superficie lo antes posible. Había un calamar herido mortalmente, un calamar gigantesco, y ese animal, aun en su dimensión normal, era infinitamente más agresivo que el pulpo. Pero podía haber *otros* monstruos marinos en aquellas aguas. Y era preciso informar de todo ello a las autoridades navales americanas, cubanas y de lodos los países afectados por la presencia de seres mutantes en aquellas aguas.

Empezó a inquietarse cuando se aproximaron a la superficie marina, sin descubrir en sitio alguno a Dalton o a Carreras. Tal vez habían salido a la superficie, pero no creía que les hubieran dejado en el fondo sin intentar buscarles.

Observó que Elsa podía soportar unos minutos más en el agua, y buceó, tratando de dar con el rastro de sus compañeros de inmersión. Todo fue en vano. Minutos más tarde, ante el evidente agotamiento de la joven cubana, optó por emerger. No había hallado el menor rastro de sus compañeros.

Emergieron del fondo, sintiéndose él también agotado, por su lucha contra enemigo tan poderoso. Arrastrando de Elsa con fuerza,

nadó hacia una embarcación cercana, que no era la misma de donde partieran para su inmersión. Unos arrecifes, adentrándose en el mar desde un islote, les impedían ver la posición exacta del guardacostas americano.

Larry estaba demasiado fatigado para nadar, en busca de la nave, teniendo que arrastrar a la joven submarinista. Absortos en su inmersión y en su lucha titánica, se habían desviado considerablemente del paraje anterior. Tal vez eso explicaba que hubieran perdido en el fondo a Dalton y a Carreras.

Además, cerca de ellos, se mecía una embarcación con apariencia de dedicarse a la pesca. Hombres de tez morena se asomaban a la borda, invitándoles a subir. La bandera cubana ondeaba en el mástil.

—¡Vamos, suban! —invitó uno de los hombres, en español—. ¡Suban y les atenderemos, amigos! Estas son aguas territoriales cubanas, pero no tienen nada que temer si son yanquis. Somos solamente pescadores...

Larry Jordan dudaba mucho eso. Pero aunque se tratase de un buque-espía ruso-cubano, era mejor que nada. Después de todo, lo que había allá abajo no distinguía banderas, nacionalidades e ideologías. Y podía destrozar con igual facilidad a todos ellos, si se lo proponía.

—Está bien — respondió, también en español, agitando un brazo —. Ya subimos. Yo soy americano, pero mi compañera es compatriota suya, amigos...

—Suban y no se preocupen — insistió el supuesto pescador—. Hay una orden radiada a todos los barcos que patrullen por esta zona, sean pesqueros o no. Es una orden conjunta cubano-norteamericana, que nos solicita colaboración y ayuda en una investigación submarina de gran importancia para todos.

Fueron ayudados a subir a bordo. Larry Jordan observó que, pese a parecer un pequeño y viejo barco pesquero, tenía una potente instalación de radar y una antena de emisión y recepción de radio digna de un guardacostas. Todo eso confirmó sus sospechas, mientras Elsa, jadeante y agotada, era conducida entre tres marineros a un camarote, para ser debidamente atendida.

—¿Usted no necesita asistencia médica, señor? — se interesó el que parecía capitanear el barco pesquero cubano, mirándole

fijamente con sus vivaces ojos negros.

—No, gracias — rechazó Jordan con un resoplido. Miró al hombre e indagó—: ¿Es usted el capitán?

—Sí. Capitán Raúl Rivero, para servirle — dijo el supuesto patrón de pesca.

—Yo soy Larry Jordan, del Servicio de Inteligencia de la Marina — respondió Larry, con una sonrisa—. Y no espere engañarme, capitán. Ustedes no son pescadores, ni mucho menos.

—Tal vez sea mejor andarse sin rodeos — sonrió a su vez el capitán Rivero—. Pertenezco a la Marina de Guerra del Gobierno cubano, señor Jordan. Pero creo que en esto, estamos embarcados todos juntos, queramos o no. ¿Qué le pasó exactamente a nuestra compatriota?

—No va a creerlo — suspiró Larry—. Pero la verdad tiene que saberla cuanto antes. Ocurrió así…

Le informó escuetamente. Los ojos del marino cubano se dilataron de asombro, pero no le interrumpió. Sólo al final, aventuró una pregunta:

—¿Ese calamar gigantesco estaba solo?

—Lo estaba, capitán. Pero eso no significa nada. Puede haber cientos de ellos. Y otra clase de monstruos también. Para crecer así un calamar, ha de existir una causa por medio.

—¿Mutación?

—Eso es. Mutación provocada por algo. Si ese mal afecta a otras especies, el lecho marino puede convertirse en un nido de horrores sin fin. Tenemos que comprobar si es un caso aislado, aunque los últimos hechos me hacen pensar que no.

—Tiene razón — asintió Rivero, sombrío el gesto. Paseó por la cubierta, antes de revelarle con voz sorda—. Hemos tenido noticias por radio desde La Habana. Un guardacostas nuestro ha detectado un desastre en el litoral de Marianao. Un yate se ha hundido, con unos turistas europeos a bordo. Se han hallado restos del yate, y fragmentos ensangrentados de los cuerpos de los turistas, que parecen haber sido devorados por algún monstruo. No lejos de allí, un embarcadero fue arrasado por causas desconocidas, y su encargado, un viejo marino cubano, fue hallado aplastado entre las maderas de una cabaña, convertido en simple pulpa sanguinolenta. En ambos casos la distancia que les separaba no era mayor de diez

millas...

—Entonces, ahora ya sabe a lo que nos enfrentamos— resopló amargamente Jordan—. No sé qué podemos hacer, capitán... pero hay que hacer algo, y lo antes posible.

Un presunto pescador acudió a la carrera hasta ellos. Le entregó al capitán Rivero un mensaje, tras un saludo respetuoso. El marino lo leyó en silencio. Su rostro se cubrió de una sombra de preocupación. Luego, entregó el papel a Larry.

—Lea esto — dijo—. Es de uno de sus centros de investigación marítima, señor Jordan. Larry tomó el mensaje, y lo leyó. Sintió un escalofrío:

«HUELLAS EN LA ARENA DEL CAYO, IDENTIFICADAS POR EL INSTITUTO OCEANOGRAFICO. CORRESPONDEN A LAS QUE DEJARIA UNA LANGOSTA DE ENORMES DIMENSIONES A SU PASO SOBRE LA ARENA. LAS HERIDAS CORTANTES Y MUTILADORAS DE ALGUNAS VICTIMAS PUDIERON SER HECHAS CON UNAS PINZAS COLOSALES. SEGUIMOS INVESTIGANDO PERO SUGERIMOS PRESENCIA DE MONSTRUOS MARINOS, QUIZAS CRUSTACEOS GIGANTES, EN ESA ZONA.»

—Langostas gigantes... — resopló Jordan—. Y además calamares enormes... ¿y qué más, Dios mío?

—Eso es lo que hemos de averiguar y combatir, todos unidos —dijo sombríamente el capitán Rivero, con la mirada perdida en la superficie de aquel mar que, repentinamente, se convertía en un peligro cierto y terrible para todo ser humano.

* * *

Las siguientes noticias del guardacostas norteamericano próximo a las aguas jurisdiccionales cubanas, no pudieron ser tampoco más negativas ni pesimistas.

Se referían a los submarinistas Duke Dalton y Jorge Carreras. No se sabía nada de ellos. No habían regresado a bordo. No había señal alguna de ellos o de su paradero actual, aunque se estaban enviando hombresrana en su busca.

Rápidamente que supo eso, Larry Jordan comunicó a las autoridades navales norteamericanas lo sucedido con el calamar gigante. Eso, unido a lo que ellos ya sabían del Instituto Oceanográfico, les pondría en guardia ante cualquier eventualidad.

—¿Qué cree que pudo pasarles a sus compañeros de inmersión?

— se interesó el capitán Rivero, tras dar Jordan su informe desde la cabina de radio del falso barco pesquero cubano.

—No lo sé. Les perdimos de vista poco antes del enfrentamiento con el calamar gigante. Luego, ya no vimos ni rastro de ellos.

—¿Teme que hayan podido morir?

—Si no sufrieron el ataque del algún otro monstruo marino, no es fácil que ello sucediera. Ambos iban bien equipados. Respondo de la experiencia y recursos de mi compañero Dalton.

—Jorge Carreras es uno de nuestros más expertos hombres-rana — corroboró el capitán Rivero—, De modo que eso coincide con su colega y hace más difícil la posibilidad de un desenlace trágico. Pero lo cierto es que ninguno de ellos aparece.

—Lo sé. Y me preocupa tanto como a usted. De no mediar un ataque como el sufrido por nosotros, no es fácil que hayan corrido peligro alguno.

—Confiemos en que no sea ese el caso —el marino cubano consultó su reloj—. Pero supongo que su autonomía en aire respirable y fuerzas físicas tiene su límite. Y éste ya ha sido rebasado con creces.

—Estamos de acuerdo, capitán. Hace casi una hora que esa autonomía de movimientos terminó. Las conclusiones han de ser, forzosamente, pesimistas.

—Ojalá no sea así — resopló el mariné, bajando la cabeza. Siguieron paseando por la cubierta, y tras un largo silencio, cambió de tono y de tema—. ¿Qué cree usted que sucedió allá abajo para que sé alterase la evolución normal de esas especies marinas?

—Sufrieron una mutación monstruosa. Sus células han debido crecer en exceso. Es la única teoría plausible.

—¿A qué atribuye usted esa posible mutación biológica de las especies marinas de una determinada zona?

—Se me ha ocurrido una explicación. Pero todos pensarán que es exagerada, delirante. Todos, capitán. Mis compatriotas, los suyos... y hasta los rusos.

—Creo entenderle. ¿Radiaciones?

—Radiaciones, sí.

—¿Energía nuclear, tal vez?

—¿Por qué no? Algo cayó en el mar hace ocho años. Ese algo pudo ser una bomba atómica soviética.

—O americana.

—A mí no me consta que lo fuese. Cuando menos, nuestros mandos no lo aceptaron así, capitán.

—Tampoco el gobierno soviético lo admitió. Ni creo que fuese realmente suyo. No hubieran sido capaces de ocultar algo así al pueblo cubano.

—En política, no esté nunca seguro de nada, capitán —sonrió Larry irónicamente—. Yo no creo ni siquiera en mis superiores. Muchos altos secretos militares o políticos son manipulados a espaldas del propio pueblo americano por sus propios gobernantes. Y eso sucede en casi todos los países en la actualidad.

—Lo cierto es que no se encontró nunca esa supuesta bomba.

—No, claro. Alguien pudo rescatarla. O se quedó perdida en un punto profundo del mar. Luego, al liberarse esa energía radioactiva, pudo contaminar las aguas en una determinada zona... y provocar la alteración genética y celular de ciertas especies marinas, como el calamar, la langosta... y sólo Dios sabe qué otras.

—Tiene un cierto sentido lógico su conclusión — admitió Rivero —, A mí se me había ocurrido algo semejante. Pero no quería creer que pudieran ninguno de ustedes haberse burlado de nosotros, utilizándonos como conejillos de indias en un posible holocausto nuclear.

—Pues vaya aprendiendo a no fiarse de nadie, capitán Rivero. Yo aprendí ya hace años esa amarga lección. Antes, incluso, de pasar a ser un burócrata de cierta autoridad dentro de la Información de la Marina.

—¿No cabría otra explicación posible para esa mutación?

—No soy un científico, capitán. Pero creo que hay uno en camino, según me han informado mis superiores.

—¿Un científico?

—Sí. Un profesor en ciencias biológicas marítimas.

Un especialista en la materia, enviado por el Gobierno.

—Esperemos que sirva de algo, antes de que sea demasiado tarde... — se lamentó entre dientes el capitán Rivero—. Ahora, vamos a hablar un rato con Elsa Guzmán, si el médico lo permite. ¿Quiere venir, señor Jordan?

—Sí, capitán, gracias — aceptó Larry, pensativo.

Ambos hombres descendieron a los camarotes del falso barco

pesquero. Camarotes que, por cierto, eran bastante más confortables y amplios de lo que haría suponer el aparente cariz pesquero de la embarcación.

En una litera, yacía Elsa Guzmán, la submarinista cubana. Sorprendentemente, parecía ya muy recuperada. El médico de a bordo la había despojado de su traje de inmersión, y sólo llevaba sobre su piel morena un breve slip y una liviana camiseta blanca, que era incapaz por completo de disimular las formas rotundas y generosas de unos pechos de mujer espléndidos, redondos y macizos, cuyos pezones se dibujaban nítidos sobre la ligera tela blanca. Pero Larry, pudorosamente, prefirió prestar atención a las huellas dolorosas de los tentáculos del gigantesco calamar en las piernas de la joven, especialmente en la derecha, que mostraba unas moraduras y rojeces violentas en el tobillo, pantorrilla y muslo.

Elsa sonrió desde el techo, clavando sus oscuros ojos ardorosos en el joven americano.

—Usted... — murmuró—. Gracias, Jordan. Le debo la vida, lo sé muy bien.

—Los dos tuvimos que luchar duro — respondió Larry con amplia sonrisa —.

¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Las piernas duelen un poco, sobre todo la derecha. Pero no es nada serio, afortunadamente—sus ojos relampaguearon, al evocar la escena submarina, sin duda alguna—. ¿Recuerda usted todo con detalle?

—Creo que no lo olvidaré nunca, por mucho que viva — respiró hondo Jordan—. Es evidente que hay monstruos marinos con los que tenemos que enfrentarnos, antes de que vuelvan a atacar a marineros o a gente de tierra firme.

—¿Cómo enfrentarse a algo tan horrible? Sólo era un calamar, Jordan. ¿Se imagina otra clase de animales marinos de ese volumen?

—Los hay, es evidente — asintió Larry—. Incluso langostas, Elsa.

—Langostas...—se estremeció ella—. ¿De ese tamaño? Serán espantosas... y temibles.

—Lo son. Trituran, destrozan, devoran... Debieron ser las que atacaron la playa de Cayo Hondo. Tal vez sólo una de ellas bastó. Hay que imaginarse que serán mayores que un tanque. Y casi más

destructivas...

Elsa cerró los ojos con un gesto de horror. Musitó apagadamente:

—Lo importante ahora es recuperarse... y seguir luchando por evitar que esa atrocidad nos domine. Estoy realmente asustada de la experiencia que viví.

—Debe serenarse, Elsa. En realidad, todos empezamos a estar asustados. Tanto usted y yo, que lo vivimos, como los que conocen ya nuestra historia.

—¿Están a salvo también nuestros compañeros?

—Pues... no sé.

—¿Qué quiere decir? — se inquietó ella.

—Nadie sabe nada. No han vuelto.

—Cielos... ¡Tienen que haber regresado ya!—palideció ella—. Si no fuera así, significaría... lo peor.

—Lo sabemos, Elsa. Si no regresan del fundo, ahora estarán muertos por agotamiento de su reserva de oxígeno. Pero debemos confiar en que alguna embarcación aislada, que carece de radio, o algún cayo o islote solitario, pudo servirles de refugio al emerger lejos de la zona donde nosotros estuvimos.

—Pero nosotros descendimos desde el guardacostas de su país, Jordan —le recordó ella, intrigada—. Por mucho que descendiéramos, no pudimos alejarnos más de una media milla de la lancha americana... Y ahora, sin embargo, estamos en un pesquero de mi propio país.

—Bueno, eso de «pesquero» no se lo traga nadie —rió de buen grado Larry—. Sin embargo, tiene usted razón Elsa, En que punto de inmersión calcula que emergimos nosotros dos, capitán Rivero?

—Aproximadamente a dos millas y media.

—¡Dos millas y media!—Elsa se incorporó en la litera, asustada —. Eso no es posible, Jordan, usted lo sabe. ¿Qué sucedió para una desviación semejante?

—La verdad, lo ignoro, Elsa. Pero me he preguntado lo mismo que usted, y he querido achacarlo a la lucha con el calamar y a una posible pérdida de orientación en el fondo del mar.

—Yo no perdí la orientación en ningún momento, estoy segura — mostró su complicado cronógrafo submarino de la muñeca—. Mi reloj tiene también brújula subacuática. No me extravié.

—Entonces... algo nos arrastró hacia acá.

—Exacto. Pero ¿qué fue ello?

—Sólo se me ocurre una respuesta. .

—Ya mí — afirmó ella, con energía—. Una corriente marina.

—Eso es. Una corriente marina. De origen desconocido.

—Hay demasiadas cosas ***desconocidas*** ahí abajo en estos momentos, Jordan. Y eso, para dos personas experimentadas en la inmersión profunda, como usted y como yo... resulta bastante extraño, ¿no cree?

—Sí, lo creo. Sospecho que el mismo motivo que alteró la genética de ciertas especies marinas, puede tener algo que ver en esa posible corriente submarina de origen desconocido.

—Vengan, vamos a examinar un detallado mapa de las profundidades de esta zona, en mi cuarto de mando y quizás resolvamos algo — señaló el capitán Rivero, con gesto ceñudo—. En él figuran todas las corrientes marinas conocidas, y tal vez saquemos algo en limpio y..

Se interrumpió. Brusca, dramáticamente, las cosas se alteraron a bordo del supuesto pesquero cubano. Hubo un alarido colectivo en la cubierta, seguido luego de un espantoso crujido, y el barco pareció bailotear como un frágil juguete en las olas.

El capitán lanzó un grito ronco y se precipitó fuera del camarote, intentando subir las escaleras, mientras un formidable bandazo lanzaba fuera de la litera a la joven Elsa Guzmán, a quien Larry tuvo el tiempo justo de recoger en sus brazos, impidiendo que sufriera un violento golpe quizás irremisible. Ella, instintivamente, se aferró a él, mientras todo bailoteaba en torno, los vidrios del ojo de buey se hacían añicos, y todo oscilaba, como si de súbito una mano gigantesca hubiera alzado el barco en vilo, empezando a desgajarlo brutalmente.

Larry, despavorido, sentía el crujido atroz del maderamen y del casco del boque, al tiempo que el agua entraba ya a torrentes por el destrozado ojo de buey, y el capitán Rivero era lanzado atrás, golpeándose en los muros del pasillo, sin posibilidad de alcanzar la escalera de acceso a cubierta.

Brutalmente, el falso pesquero.se rompió en dos, con un chasquido ensordecedor, y el agua lo empezó a inundar todo, en medio de un alud de espuma rugiente. Larry tuvo el tiempo justo de

tomar de un armario dos depósitos de oxígeno, que aseguró a la mojada espalda de la joven y a la suya propia, así como dos juegos de gafas submarinas. No tuvo tiempo de más.

—¡Vamos, fuera! —gritó a la muchacha—. ¡Al agua, o lo que está destrozando al barco nos despedazará también a nosotros!

Ella asintió, con ojos dilatados, mordiendo fuertemente el conducto del aire, y precipitándose hacia el roto ojo de buey, para lanzarse por él al fondo de las aguas, ayudada por Larry Jordan.

Borrosamente, antes de lanzarse al exterior, luchando con la presión de las embravecidas aguas que entraban en el barco, advirtieron que algo, una sombra gigantesca, infinitamente mayor que la de aquel espantoso calamar gigante, envolvía al barco en una presión demoledora, que astillaba y destrozaba cuanto se hallaba bajo su ataque. Cuerpos tronchados, mutilados espantosamente, saltaban por doquier. Era lo que quedaba de la tripulación del capitán Rivero.

Notaron que se hundían vertiginosamente en el azul profundo de las aguas, sin traje de inmersión para combatir el frío de las profundidades, ni tan siquiera una simple luz para guiarse en las tinieblas eternas del mar.

Arriba, sobre sus cabezas, el barco cubano, en medio de estallidos, se hacía pedazos, lanzando por doquier sus fragmentos, mezclados con restos y sangre humana.

Y un monstruo, un colosal monstruo de increíble volumen, a dentelladas, terminaba con la vida de los infortunados tripulantes. Larry, antes de alejarse de la bestia marina y hundirse lejos, en lo más profundo de las aguas, junto a la bella submarinista cubana, creyó descubrir la clase de monstruoso pez que era en esta ocasión el enemigo mortal.

¡Un tiburón, una vulgar tintorera de aquellas regiones convertida ahora en un ser ligero, mortífero y cruel, y posiblemente también voraz, del tamaño de una ballena!

Por fortuna, ocupado en su masacre de la superficie., ni siquiera advirtió a los dos insignificantes enemigos que, rápidamente, se hundían lejos de él, camino de las profundidades oceánicas.

Luego, de súbito, en el camino de las profundidades, surgió una segunda tintorera ciclópea, que se lanzó sobre ellos, con sus terroríficas fauces abiertas...

CAPITULO V

EL horror atenazó a ambos submarinistas que, totalmente indefensos, sus cuerpos sin protección contra el frío contacto marino y contra el ataque de los agudos colmillos del escualo gigante, tenían que enfrentarse a aquel peligro mortal en absoluta inferioridad.

Ahora, ni siquiera llevaban un cuchillo encima, aunque de poco podría haberles servido, al enfrentarse a semejante monstruo. La mole en que se había convertido el cuerpo de la tintorera, con sus temibles aletas y su boca abierta y agresiva, era como un colosal cuerpo de ballena, dotado de la agilidad de un tigre, en su propio elemento, como eran las profundas aguas, cada vez más oscuras.

Este trance, por tanto, era irremisible. Y significaba la muerte.

Sin embargo, Larry intentó, cuando menos, proteger una vez más a la joven cubana, lanzándose como una centella para interponerse entre el escualo gigante y la hermosa muchacha. Los ojos malignos de la tintorera le contemplaron fugaces, mientras el cuerpo se revolvía, sacudiendo las aguas con una violencia extraordinaria, en un alud cegador de polvo, sedimentos, piedras y burbujas.

Larry evitó que su cabeza y cuello fuesen apresados por las voraces fauces, pero notó el escalofriante roce de aquellos colmillos sobre sus cabellos agitados por las aguas removidas. Del tubo respiratorio de Elsa escaparon millares de burbujas, signo evidente de que había exhalado algún sonido imposible de percibirse el silencio de las aguas azules.

Ese sonido, forzosamente, tenía que haber sido un grito de terror. Porque el tiburón, con agilidad increíble en su enorme mole actual, se había revuelto, lanzándose nuevamente sobre ellos.

Larry intentó eludir nuevamente el choque, arrastrando consigo a Elsa, que también luchaba con las aguas agitadas, intentando defenderse. Pero sabía que era casi imposible salir de aquel cepo de muerto en que se había convertido la profundidad marina.

Notó un impacto en sus espaldas, y giró la cabeza, angustiado. Comprobó que toda posibilidad de salvación se había esfumado definitivamente. Estaban perdidos.

Elsa y él habían chocado con un alto muro rocoso que se alzaba del mar, entre grandes hacinamientos de algas y corales. Grandes rocas les cerraban el paso por ese punto. Y frente a ellos se agitaba, voraz e implacable, la terrorífica tintorera gigante.

Rodeó con un brazo a Elsa. Se inclinó, y recogió de entre los peñascos del accidentado terreno marino una larga piedra puntiaguda. La enarboló, a guisa de arma, casi ridícula ante la amenaza del escualo colosal. Pero cualquier cosa era preferible a dejarse matar sin resistencia, sin lucha, a ser una atemorizada víctima más de los monstruos de las profundidades.

Cuando la tintorera se les venía encima, con su boca abierta, tomó puntería. Sabía que la resistencia misma de la masa acuática, quitaría fuerza a su impulso. Pese a ello, cuando lo tuvo bastante cerca, y ya casi eran víctimas de sus mandíbulas inmensas, disparó la piedra puntiaguda contra un ojo del animal.

Le hirió de lleno. Un humor vidrioso, mezclado con sangre negruzca, escapo del globo ocular del escualo. Este pegó coletazos furiosos, y pasó junto a ellos, bramando y encajando sus mandíbulas de dolor, sin pensar en devorarles. Pero, naturalmente, la agresión no había hecho sino aplazar las cosas. Enfurecido y lleno de un dolor intenso, quizás medio ciego por la lesión, el escualo dio un violento giro en las aguas, y hendió éstas con sus aletas, precipitándose aviesamente sobre sus dos víctimas propiciatorias.

Este sí era el final definitivo. Ambos lo sabían. Elsa se abrazó a él con energía, desesperadamente, como si en el momento supremo quisiera sentirse más cerca que nunca de su colega americano, compañero de peripecias en aquella trágica aventura.

Larry esperó el ataque, el momento en que los poderosos incisivos del monstruo hicieran presa en ellos Esta vez, desgraciadamente, no había remedio. Bajo los restos del trágico naufragio del buque-espía cubano, iban a encontrar también ellos la

muerte irremisible, ante los apocalípticos seres que ahora poblaban el fondo del mar…

* * *

Fue entonces cuando sucedió.

Como un milagro imposible, como si algo, en el fondo marino, acudiera en ayuda de dos seres humanos entregados a una muerte irremediable. Algo que, ciertamente, no parecía ser de este mundo.

Primero fue una luz súbita, un destello cegador, surgiendo de la nada, de las tenebrosas profundidades oscuras del océano. Ese destello se hizo rayo de claridad, una especie de chorro luminoso, que hacía temblar las aguas, repentinamente bañadas en la luz resplandeciente.

Alcanzó de lleno al escualo, y éste pareció agitarse bajo un impacto terrorífico. Su boca se convulsionó, el cuerpo descargó violentos coletazos… y luego, increíblemente, estalló.

Estalló, sí, convertido en una especie de desgarrada masa de carne y sangre, de espinas y membranas reventadas por una fuerza incomprensible. Las aguas, agitadas furiosamente por aquella fuerza demoledora, lanzó a ambos jóvenes contra las rocas, en medio de un torbellino de sedimentos polvorientos, piedras arrancadas de cuajo, arenisca y algas rotas.

Borrosamente, Larry Jordan se dio cuenta de que él y Elsa, estrechamente abrazados todavía, descendían a j lo más hondo, se hundían en una sima oscura e impenetrable, entre más grandes peñascos marinos, como si algo les arrastrase violentamente. Algo que parecía formar parte del rastro de aquella luz providencial. Algo que tenía todas las trazas de ser una poderosa y enigmática corriente submarina de desconocido origen, que les impulsaba hacia alguna parte remota e ignorada.

Notó que perdía contacto con la boquilla de goma del tubo de respiración, pero no encontró fuerzas para recuperarlo, pese a que lo intentó desesperadamente, en tanto daba vueltas y más vueltas, arrastrado como un pelele por aquella poderosa corriente de origen ignoto.

Perdió totalmente el sentido, sintiendo martillear sus sienes violentamente, y sabiendo que, pese a que algo desconocido y fantástico les había librado de la mortífera amenaza del escualo gigante, otra fuerza misteriosa que llegaba de las profundidades les

arrastraba inexorablemente a otra muerte no más piadosa.

Notó que las manos de Elsa aumentaban su presión desesperada en sus brazos, y notó que también ella carecía ya de tubo respiratorio. Unidos en el trágico infortunio, no pudieron hacer otra cosa que hundirse en aquella inconsciencia tan oscura y profunda como la sima marina en que se estaba hundiendo vertiginosamente.

* * *

La luz era cegadora.

Tal vez después de morir, todo era luz. Pero él se sentía como si estuviese vivo. Notaba su cuerpo, su forma física. Incluso sintió dolor en sus miembros y en su cabeza, cuando intentó incorporarse allí donde yacía.

—¿Será posible? — pensó maravillado—, ¿Puede ser que la muerte sea otra clase de vida donde nada es diferente en apariencia a lo que fue en la otra existencia?

Sólo así se explica que yo sienta todo esto ahora, cuando va todo tuvo que quedar atrás...

Por un momento, de modo fugaz y esperanzador, pensó si se habría podido producir el inexplicable milagro de haber sido rescatado del mar y extraído con vida a la superficie.

Pero en seguida, su propia razón le dijo que eso iba contra toda lógica. Elsa Guzmán y él, entregados a sus propias fuerzas, inconscientes, aturdidos, habían caído más y más profundamente, sintiendo en su piel sin protección el frío de las aguas heladas del fondo, que paulatinamente se convertía en el contacto glacial de la muerte.

De eso no se salvaba nadie. No había alrededor de la zona persona alguna capaz de auxiliarles. Y la corriente submarina, la poderosa y enigmática corriente de las profundidades, les había absorbido y conducido muy lejos del lugar de inmersión, donde el barco cubano fuera destruido por la tintorera gigante.

Y, sin embargo...

Sin embargo, estaba en alguna parte. Sentía su cuerpo, notaba dolores, podía pensar, recordar... En suma, respiraba, existía...

Sí. Respiraba. Tomó aliento. Exhaló luego el aire alojado en sus pulmones. Aire. Aire puro. Aquello no tenía sentido. A menos que fuese su alma la que sentía. Pero el alma no respira ni tiene dolores. No tiene cuerpo. No es física. Y él sí seguía siéndolo.

—Quizás, después de todo, estoy a salvo en alguna nave... —musitó, logrando incorporarse Larry Jordan del lugar donde yacía.

Una mirada a su alrededor, le dejó aún más perplejo que nunca. No era posible.

Aquello no podía ser ninguna embarcación. En realidad, no respondía a nada conocido, a nada que le fuese familiar.

El suelo era cristalino. Los muros, también. Y el techo. Pero todo ello despedía una luminosidad irisada, como si todo allí fuera resplandeciente. No había más muebles que la especie de litera translúcida que él había ocupado durante su inconsciencia, y que se hallaba en medio de la sala. Observó atentamente la forma circular de ésta, la hemisfera que formaban los curvos muros y el techo cóncavo. Extraña edificación, extraña luz y aún más extraña ausencia de mobiliario, puertas o ventanas.

—¿Dónde, estoy?—se preguntó en voz alta—. ¿Qué ha ocurrido?

Nadie le respondió. Ni tampoco lo esperaba. Larry intuía que estaba en algún lugar insólito y extraño, pero que aquello no era la muerte, ni mucho menos. Sencillamente, por la razón que fuese, alguien le había rescatado con vida del fondo del mar, "cuando todo parecía perdido.

Pero, ¿y ella? ¿Y Elsa Guzmán? ¿También estaba a salvo?

Aquella estancia en que se hallaba, era rara. No recordaba ninguna parecida. Ninguna nave, ni siquiera un submarino, a menos que fuese una nave fantástica, propia de un relato de anticipación. Los muros, el suelo, el techo, despedían luz, y esa luz le envolvía como una fosforescencia deslumbrante. No obstante, se sentía a gusto en aquel recinto, como si todo ello tuviera algo de sedante sobre su sistema nervioso.

—Elsa... —susurró—. ¡Elsa! ¿Qué ha sido de ti, compañera?

Asombrosamente, fue como si le llegara una respuesta imprevisible, por arte de alguna magia insólita y fantástica.

Porque de modo inesperado, uno de aquellos muros luminosos, se tornó algo parecido a un gran espejo, entre el suelo terso y el techo abovedado... ¡y en aquella especie de gran pantalla de luz, apareció Elsa!

La hermosa submarinista cubana, surgió ante él como si fuese la imagen de un inmenso televisor de! futuro. Parecía mirarle a él. Y había una sorpresa tan grande en su bronceado rostro, como podía

haberla en estos momentos en el de Larry Jordan.

—Elsa... — susurró Jordan, estupefacto—. ¿Dónde estás?

—Aquí — le llegó la respuesta de ella—. ¿Y tú?

—Creo que tendría que darte la misma respuesta —suspiró él—. Pero eso no aclara mucho. Te veo en un muro de mi celda... o lo que esto sea.

—Yo también, Larry — admitió la joven.

—Podemos estar cerca el uno del otro... o a mucha distancia. Tiene todas las trazas de ser un sistema de imagen transmitida distancia, como la televisión.

—Pero... ¿quién hace todo esto? ¿Dónde estamos?

—No sé. Tal vez una supernave soviética, un lugar poco frecuente...

—No lo creo. Yo pensé si sería una base submarina de tus compatriotas.

—No, tampoco, puedo asegurártelo, Elsa.

—De modo que, si ambos estamos equivocados... ¿qué es esto, y a quién pertenece?

—No tengo respuesta, Elsa. Alguien debe estar riéndose ahora de nosotros, escuchando nuestras dudas. Estoy seguro de que somos vigilados. Y vigilados por alguien a quien ni tú ni yo conocemos.

—¿Vigilados? ¿Para qué? Si nos tienen en su poder, bastaría que nos hicieran algunas preguntas, que trataran de saber por nosotros mismos lo sucedido en las profundidades, Larry...

—Cierto. No puedo dejar de sentirme incómodo, como observado a través de una lente, como hacen los entomólogos con sus insectos...

—Eso suena a que, en vez de vigilarnos... nos estudian, Larry.

—Estudiarnos... — reflexionó Jordan—. Sí, creo que sí. Esa es la palabra, Elsa.

Estudiarnos. Como si fuésemos extraños.

—Extraños... Larry, tengo una idea, un pensamiento... — musitó ella, con repentina angustia en su moreno rostro latino—. Sí... Creo que puede ser eso...

—¿El qué?

—*Extraños*... Sólo que no somos *nosotros* los extraños, sino *ellos*... Sí, Larry... Ellos son los EXTRAÑOS ¡Extraños a nosotros, *los humanos*! ¡Tiene que ser eso!

Jordan se estremeció. Retrocedió unos pasos, empezando a hacerse a la idea de que Elsa, sin duda, estaba en lo cierto. Repentinamente, su mente se abría a una increíble, alucinante posibilidad.

No, no eran solamente rusos, cubanos, chinos o americanos. No se limitaba a eso el problema de las profundidades, el enigma biológico de la mutación de los peces. Había más. Algo más. Mucho más.

Extraños. Seres ajenos a ellos. Tal *vez*...

La imagen de Elsa se borró de la gran pantalla mural. Esta dejó de emitir luz. Y a espaldas de Larry Jordan sonó una voz.

Una voz musical, melodiosa, extraña y a la vez estremecedoramente bella, pronunció unas palabras reveladoras:

—Ella tuvo razón, extranjero. Somos extraños. Somos diferentes a vosotros... Jordan se volvió.

Y se vio, frente a frente, con el primer ser no humano que había visto en su vida. Un ser que, además, no era un representante de su propio sexo, el masculino.

Era una mujer.

Una mujer... pero de otra naturaleza. Una mujer no humana...

* * *

Larry Jordan se quedó fascinado contemplando aquella visión increíble que surgía ante él, por una abertura oval, misteriosamente producida en uno de los muros luminosos.

—¿Sorprendido? — preguntó ella.

—¿Usted qué cree? — susurró Larry, atónito.

—No debe asustarse de nosotros. El hecho de ser ajenos a su mundo, no significa que seamos hostiles o peligrosos.

—No dije que pensara eso. Simplemente, la contemplaba.

—¿Me considera hermosa?

—Sí. Muy hermosa.

—¿A pesar... de las diferencias?

—Sí, a pesar de las diferencias — Jordan meneó la cabeza, fascinado—. Es usted realmente hermosa. ¿De dónde ha llegado?

—De muy lejos. No lo entendería bien.

—¿Del fondo del mar?

—Estamos en el fondo del mar. Muy en el fondo.

—Lo imaginaba. Pero ¿proceden ustedes de aquí?

—En cierto modo — sonrió ella.

Porque aquella criatura sorprendente, también sabía sonreír. Y su sonrisa era hermosa. Hermosa como ella. Pero Larry no podía dejar de pensar en lo insólito de' todo aquello que le estaba tocando vivir.

—¿Soy su prisionero? — indagó.

—¿Por qué habría de serlo? — la sonrisa se amplió—, Esto no es una celda. Es una cámara de regeneración, simplemente.

—¿Regeneración?

—Sí. Usted y su amiga estaban necesitados de ella cuando llegaron aquí. Virtualmente, estaban muertos por inmersión. Tenían síntomas de asfixia.

—Mi compañera .. —señaló a la pared, ahora sin imagen—. ¿Ella... ella también está a salvo? ¿Aquí?

—Sí, a salvo. Y aquí. ¿Es su esposa, su novia...?

—No, no. Solamente somos amigos. Trabajamos juntos en esto.

—¿En qué?

—Oh, no lo entendería. En un asunto que nos preocupa. Los peces, algunos peces, cuando menos, han crecido de pronto desmesuradamente. Se han convertido en auténticos monstruos marinos que amenazan a nuestros barcos y nuestras costas. Y, sobre todo, a los seres humanos.

—Sí, lo sé — suspiró ella.

—¿Lo sabe? — enarcó las cejas Larry, interrogante.

—Por supuesto. En cierto modo... nosotros somos culpables de eso.

—¿Ustedes?

—Sí. Fue un error. Un desdichado error. Ahora estamos tratando de repararlo. Pero no es fácil, ni mucho menos.

—¿Quiere decir que ustedes, los que habitan aquí.., provocaron el crecimiento de esos animales?

—Sí. Una radiación incontrolada afectó a muchos de ellos. Su organismo se alteró y se produjo una mutación biológica desastrosa. Somos los primeros en sufrir los efectos de ese error. Pero es lógico, porque somos responsables. Pero ustedes... Estamos intentando evitar que se reproduzcan, al tiempo que exterminamos ejemplares mutantes. Pero es tarea bastante difícil, a pesar de nuestros recursos.

Mientras ella hablaba, Jerry la contemplaba. Era una criatura realmente fantástica. No se cansaba de examinarla. Ver a una mujer que posee un rostro de exótica belleza, pero de piel azulada ligeramente, sin llegar a causar desagrado, de ojos de un azul intensísimo y mucho más oscuro, de larga melena sedosa, de un asombroso plateado, con tornasolados azules, como si fuese de fibras artificiales y brillantes, de esbeltísima figura de piel azulada aunque muy tenue, desnuda hasta su cintura, total y absolutamente humana en el torso... pero empezando a mostrar una superficie escamosa liviana que recubría sus largas piernas y sus pies, así como sus caderas y nalgas, no resulta ciertamente un espectáculo corriente, ni mucho menos. Para Jordan, era la más fascinante y asombrosa imagen jamás imaginada.

Hubiera podido ser una de las sirenas de las leyendas marinas, a no ser porque carecía de su peculiar cola de pez. Pero aquellas escamas plateadas que, como si fuesen una malla ajustadísima cubrían su epidermis, permitiéndola ir desnuda por doquier, sin que realmente pareciese estarlo, alteraban la imagen clásica de la mitológica criatura de los océanos.

—¿Cuál es su nombre? — preguntó de repente Larry, sin quitar sus ojos de ella.

—Ondina. Sería la traducción exacta a vuestra lengua de mi nombre original.

—Ondina... Poético y hermoso nombre. Realmente, ¿es usted una criatura del mar?

—Lo soy — sonrió ella—. Pero de un mar situado lejos, muy lejos de este mundo, de este planeta donde ahora nos hallamos.

—¿Planeta, mundo? — pestañeó vivamente Larry Jordan—. Cielos, no puede ser posible. Usted no puede ser... alienígena.

—Pues lo soy. Todos lo somos.

—¿Todos?

—No vivo sola en Oceánica. Esta ciudad tiene otros habitantes. Todos, como yo, procedentes de otro mundo. Somos humanoides acuáticos de otro planeta. Podemos respirar en la superficie, sin embargo. Nuestro sistema respiratorio es más branquial que pulmonar, aunque adaptable a ambos medios.

—Habla nuestra lengua tan correctamente...

—Hemos tenido ocasión de aprenderla durante nuestra

permanencia aquí. A veces emergemos a la superficie alguno de nosotros, recuperamos restos de naufragios, libros y películas... Sabemos bastante de vuestra existencia. Nos gusta estudiar. Y tenemos una mente ágil y despierta.

—Empiezo a advertir que sí — murmuró Larry, asombrado—. Oceánica... ¡Un mundo bajo el mar!

—Sí, eso es. No es extraño para nosotros, pero sí para vosotros, los de la superficie. Este es otro mundo para quien no puede vivir en el fondo del océano.

—Pero el aire respirable, la presión... Todo aquí parece normal, como en la superficie.

—Realmente, lo es. Nuestra forma de vida es híbrida. Podemos respirar y movernos, bien en el agua, bien en tierra. Y en el elemento último, somos bastante semejantes biológicamente a vosotros, a pesar de nuestras diferencias físicas.

—Empiezo a darme cuenta de ello — asintió Larry, estupefacto todavía, ante aquel cúmulo de descubrimientos increíbles, que tal vez jamás se creerían sus camaradas de allá arriba... si alguna vez podía volver a la superficie desde el lugar donde se hallaba ahora. Eso le hizo preguntar ávidamente—: ¿Cuál... cuál es la distancia real a la superficie?

—De muchos cientos de brazas en este punto — suspiró ella—. Olvide toda idea de regresar, Larry.

—¿Conoce mi nombre?

—Lo leí en su placa. Supongo que es un medio de identificación para cualquier emergencia...

—Cierto, qué necio soy. Lo había olvidado totalmente. ¿De modo que el regreso... es imposible?

—Totalmente. Llegaron con sus cuerpos ateridos, a punto de estallar bajo la presión de las aguas. Hubieran perecido irremisiblemente, de no mediar nuestros procedimientos médicos. Salir de aquí sería una locura, sin los medios adecuados. Y nosotros no tenemos esos medios, por la sencilla razón de que no los necesitamos. Podemos desplazarnos y soportar cualquier temperatura o presión del agua, sin sufrir daño.

—Dios mío...—Larry se llevó las manos a la cabeza,» horrorizado —. ¡Encerrado aquí para siempre! Elsa y yo... condenados a una vida en el fondo del mar.. ¿No tienen tampoco medios de

comunicación con el exterior? Podríamos dar nuestra situación, obtener un batiscafo que viniera en nuestro rescate…

—Imposible — cortó ella—. No existen medios de comunicación con la superficie. Y si existieran, supongo que nuestro Consejo de Gobierno no admitiría su utilización. Significaría revelar nuestra existencia. Y eso, por razones de seguridad para nosotros, ha de ser ignorado.

—Yo guardaría silencio. Y Elsa también…

—No sea ingenuo. De alguna forma, se sabría. Su mundo está dividido en grandes bloques o potencias. Si no una, la otra lo intentaría. Imaginarían que poseemos los medios para instalar grandes bases submarinas de tipo militar, y ese sería nuestro fin. Jordan no dijo nada. Después de todo, ella tenía toda la razón. Esa sería, más o menos, la situación de los subacuáticos, en cuanto en la superficie se conociera este fantástico secreto. Ella concluyó ahora, con cierta sequedad:

—Además, dudo de que pudieran habilitar un batiscafo capaz de soportar un viaje a tal profundidad, a menos que transcurrieran años en su fabricación y período de pruebas.

¿No opina usted igual?

Larry tuvo que darle la razón mentalmente. Asintió, descorazonado. Su voz sonó amarga:

—Eso significa… quedarse aquí tiempo, mucho tiempo… Quizá para siempre.

—No sea pesimista. Estudiaremos algo. Tampoco nos gusta a nosotros la idea de tener extranjeros en casa durante demasiado tiempo. Esté seguro de que hallaremos un medio de devolverles a su mundo. Pero habrá de tener paciencia. Además… antes tendrán que jurar solemnemente no revelar esto a nadie. Y cuando salgan de aquí, lo harán sin posibilidad alguna de identificar el lugar, la profundidad ni detalle alguno que facilite nuestra localización, ¿comprende?

—Sí, me parece muy lógico.

—Ahora, venga conmigo. Su estado de salud es perfecto ya. Se podrá reunir con su compañera… y juntos verán nuestra ciudad submarina…

CAPITULO VI

LA ciudad submarina de los alienígenas. Oceánica.

Era aquélla. La que estaban contemplando los maravillados ojos de ambos submarinistas. Elsa y él se miraron, incrédulos. Todo lo que se presentaba ante ellos era como un prodigio de la imaginación más exaltada.

Edificios en forma de hemisferas, con luces interiores surgiendo por aberturas de forma poligonal, formaban agrupaciones urbanas, entre vegetación marina adaptada a un medio distinto, como era el de aquella ciudad sin agua, dotada de aire respirable y de todo lo que podía hallarse en la superficie.

Sin embargo, para quienes preferían utilizar vías acuáticas, una amplia red de túneles cristalinos, llenos de agua, servían de calles entre los diversos edificios y eran numerosos los hombres y mujeres de piernas escamosas que flotaban por su interior, en rápido y ordenado viaje, expulsando burbujas de aire por su boca con toda facilidad, y cruzándose palabras entre ellos, sin preocuparles el líquido elemento en que se desenvolvían. Eran perfectos anfibios, adaptados a ambos medios de vida.

Larry levantó la cabeza, maravillado, contemplando la enorme bóveda de materia transparente, a través de la cual era visible el exterior, el mar y las rocas, las algas y los peces, el fantástico paisaje de las profundidades rodeando por doquier aquella especie de enorme campana de aire respirable donde se encerraba la ciudad de Oceánica.

—Es curioso — hizo notar Elsa—. Los peces ni siquiera se detienen a mirar el interior, pese a las luces y al movimiento de sus habitantes. Pasan de largo...

—Eso tiene una sencilla explicación — sonrió Ondina—. Esa

cúpula gigantesca que nos cubre, es transparente sólo desde el interior. Vista desde el exterior, es totalmente opaca del mismo color de las rocas, con las que se confunden. Elio hace mucho más difícil la localización de nuestra ciudad por cualquier posible visitante u observador, y también el ataque de algún animal marino. Por supuesto, la cúpula es irrompible, de un material procedente de nuestro planeta. En realidad, es el casco superior del platillo volante con el que, hace ya muchos años, llegarnos hasta aquí, desde nuestro planeta.

—De modo que, virtualmente... esto es un OVNI —dijo Larry, estremeciéndose.

—Algo así. Parte de un OVNI, como ustedes dicen. Sus materiales fueron utilizados para construir Oceánica. Y su energía es la que nos provee a nosotros de luz, calor, aire respirable y todo lo demás.

—¿Esa energía no es limitada? ¿No tendrá algún día un final?

—Algún día — ella movió su cabeza, de platinada cabellera de reflejos azules—. Pero para eso hacen falta muchos, muchísimos años. Es prácticamente inagotable nuestra fuente de energía. Se reactiva por sí misma con el funcionamiento. Ahora, vengan. Verán otra cosa que no les resultarán tan agradable.

Siempre teniendo por cicerone a Ondina, los dos jóvenes fueron cruzando una alta pasarela sobre la ciudad, contemplados curiosamente por hombres y mujeres de piernas plateadas, cuya semejanza entre sí era bastante acentuada. Los cabellos de las mujeres oscilaban entre el gris y el azul, pero ninguno era tan plateado como el de Ondina. Los hombres, por el contrario, no tenían cabello. Escamas doradas cubrían sus cabezas.

Llegaron al otro lado de la urbe sumergida. La pasarela penetró en un túnel rodeado de agua y fue a terminar en una especie de enorme cisterna aislada de la ciudad por un muro metálico, que se alzó lentamente, hasta permitirles ver, a través de unos enormes ventanales de algún material vidrioso irrompible, el interior de la cisterna. Los cabellos de Elsa se erizaron de horror, e instintivamente aferró un brazo de Larry, musitando con voz ronca:

—Oh, Dios mío... ¡Qué horrible!

Jordan mantuvo la serenidad pero, aun así, su rostro reveló una profunda impresión ante la visión de las criaturas encerradas en la

cisterna.

En diversos compartimientos, separados entre sí, tal vez para que no se enzarzaran en una terrorífica lucha de titanes, había allí una serie de ejemplares realmente estremecedores.

Un pulpo, un tiburón, una feroz raya, una serpiente marina y otros ejemplares de la fauna de los mares, pugnaban por salir de su encierro, en tales compartimientos. Todos ellos eran enormes, gigantescos, auténticos monstruos marinos… El horror de las profundidades se mostraba allí en toda su escalofriante virulencia.

—Cielos… —Larry apretó los labios con fuerza—. Los monstruos… ¿Qué hacen ahí, Ondina? ¿Por qué los conservan?

—Porque son nuestra obra. Una desdichada obra, es cierto. Las radiaciones de nuestro OVNI provocó esa mutación. Están viendo ustedes algunos de los ejemplares obtenidos. Otros fueron destruidos ya. Intentamos estudiarlos, hallar una forma no sólo de aniquilarles a ellos, lo cual es relativamente sencillo, sino de detener el fenómeno e impedir que surjan nuevos ejemplares así. En suma, intentamos dejar las cosas tal como estaban antes de producirse 1a mutación.

—Sí, entiendo — Larry contemplaba fijamente a los enormes animales que se agitaban, furiosos, en sus encierros. Las aguas de esos embalses aislados, se movían a sus impulsos violentamente. Pero los muros estaban hechos de un material a prueba de ataques.

—Ya han comprobado que, aunque culpables involuntarios de este desastre, intentamos, cuando menos repararlo. Ahora, por favor, salgamos ya de aquí. Comprendo que no es un espectáculo agradable, sobre todo para quien se ha visto ya atacado por ellos. Creo que ha llegado la hora de que se les hagan los honores de huéspedes de Oceánica debidamente, y también de que conozcan a nuestro Jefe de Gobierno.

—Había llegado a pensar que era usted misma la que gobernaba esta ciudad. He observado que sus semejantes la miran con cierta deferencia…

—Buen observador — sonrió Ondina—. Pero no soy yo quien gobierna aquí, sino mi esposo, Tritón. Vengan. Debe haber dispuesto ya todo para que coman con nosotros y le conozcan personalmente…

* * *

Tritón era, realmente, tan notable como su esposa Ondina.

Alto, majestuoso, de extremidades inferiores escamosas, altiva cabeza también cubierta de escamas doradas, y rostro ligeramente azul, de hermosos rasgos y fría y serena mirada.

Les recibió erguido ante una mesa ovalada, sobre la que se extendían una serie de verduras y productos del mar, excelentemente preparados. Una luz nacarada envolvía la cámara en un suave resplandor. Al fondo, un acuario mostraba singulares ejemplares de fauna marina de las profundidades, bañado en una tenue claridad verdosa. Larry Jordan tuvo la impresión de que todo lo anterior era un sueño, y aquella la morada de cualquier caprichoso ciudadano, amante de los frutos de mar y de una decoración original e indefinible. Pero la presencia de Tritón y Ondina hacían imposible la idea de sentirse realmente en otro lugar que no fuese la increíble ciudad sumergida.

—Deseo que se sientan cómodos en mi mundo, aun comprendiendo las limitaciones que él les impone y la extrañeza que todo cuanto les rodea provocará sin duda en ustedes —habló Tritón con agradable tono profundo al invitarles a sentarse a su mesa—. Ondina ya les habrá referido cuál es nuestra situación en su mundo…

—Sí, nos lo ha referido — asintió Larry — Ustedes ya han hecho mucho más de lo que nadie hubiera podido hacer por nosotros: les debemos la vida, en un lugar donde nada ni nadie nos la hubiera salvado jamás.

—Olvídenlo. Tuvieron suerte al traerles hasta aquí la corriente que provocan en las aguas las turbinas renovadoras de nuestra ciudad. Cualquier otra ruta, hubiera sido funesta para ambos. Esta es una profundidad que ningún ser humano soportaría.

Les sirvió él, en sus platos, y luego les ofreció una jarra de delicada estructura, de la que escanció un líquido ambarino en sus copas.

—No sé si les gustará — dijo sonriendo—. Esta es nuestra bebida habitual aquí. Un vino obtenido de plantas marinas fermentadas. Sabe un punto agridulce, y es tan refrescante como tonificador. No disponemos de otra bebida. Ustedes creo que poseen allá arriba cosas como el champaña, los vinos, la cerveza, el brandy… Espero que esto les sirva para compensarlo en parte. A su salud, amigos de

la superficie.

—A la suya, Tritón — brindó Larry.

Bebieron todos. Jordan asintió, con agrado.

—Una bebida muy suave — aprobó—. Me gusta, sí.

—Yo bebo poco —manifestó Elsa—, Pero me resulta agradable.

—Ambos son muy amables — sirvió a Ondina y luego se puso, él en su plato—, Aquí solamente comemos ciertos pescados y crustáceos semejantes a los de mi planeta, así como algas, ciertas verduras muy sabrosas y poca cosa más. Es la alimentación a que nos obliga nuestro actual paradero.

Jordan probó la comida. Era realmente sabrosa. La atacó sin mucho apetito, pero comprendiendo que necesitaba alimentarse y, de paso, halagar a su anfitrión.

—Me pregunto cómo pudieron llegar aquí…—murmuró.

—Caímos. Del espacio exterior. Pudimos dirigirnos a la superficie marina. Aquí nos tuvimos que adaptar, edificando una ciudad para vivir.

—¿No esperan volver nunca a su planeta de origen?

—Es difícil. La nave quedó maltrecha. Ya no podía ser reparada. Hemos de aceptar nuestro destino.

—¿No pudieron comunicarse con los suyos, solicitar ayuda…?

—Lo intentamos. Pero algo fallaba también en nuestras comunicaciones. Nadie nos escuchó ni vino en nuestra ayuda. Es posible que en nuestro mundo nos den ya por muertos.

—¿Está muy lejos ese mundo suyo? — indagó Elsa.

—Mucho, sí.

—¿No es de este sistema solar?

—No, no lo es. Ustedes ni siquiera sabrían cuál es. Casi todo él está cubierto de agua. Todos somos anfibios, excepto algunos animales terrestres, muy pocos. Eso nos salvó. De no tener agua su planeta, este hubiera sido el fin.

—¿Llegaron aquí casualmente?

—Bueno, no del todo — rió Tritón—. Como tantas otras naves, fuimos enviados para investigar el espacio, para estudiar otros mundos, pero sin llegar a establecer contacto con sus habitantes. El fallo mecánico nos lanzó abajo. Y aquí estamos.

—Un momento — habló Jordan—. Hace ocho años se captaron radiaciones en esta zona. Alguien pensó en una bomba nuclear, rusa

o americana, perdida en el fondo. ¿Tal vez esas radiaciones procedían de su nave?

—Sí — suspiró Tritón—. Es el tiempo que llevamos aquí: ocho años. Pero tengo la impresión de que, antes que nosotros, otras naves de mundos lejanos han caído en su planeta, aunque no haya prueba de su presencia.

—Eso es algo en lo que siempre hemos creído en mi país — asintió Larry Jordan —.

Pero sólo de un modo extraoficial. Los OVNIS provocaron siempre en las gentes una cierta psicosis de temor, como si todo extranjero en nuestro planeta pudiera ser un enemigo.

—La realidad es muy distinta. Todos deberíamos de ser amigos, sin importar nuestro mundo de origen. Pero, desgraciadamente, se tropieza siempre con la hostilidad ajena. Creo que es algo que costará vencer, amigo mío. A veces, existe algo de razón en quienes recelan. Nuestro propio mundo, sufrió no hace mucho la invasión de unos extraños. Se les pudo hacer huir, pero causaron grandes daños en el planeta. No eran como nosotros, pero podían adaptarse también a la vida en el agua, de ahí su peligrosidad. Eran astutos y engañosos, hasta el punto de resultar convincentes cuando pretendían algo. Llegaron a ganarse nuestra confianza con mentiras.

—¿Cómo eran? —se interesó vivamente Elsa, a quien sin duda las cuestiones extraterrestres lograban apasionarla.

—Bueno, distintos a nosotros—'Tritón se concentró, tratando de evocar bien a los que describía—. Altos, rubios, de piel dorada y aspecto noble. Pueden aprender un idioma en momentos, a través de la lectura de los pensamientos ajenos, y sus orejas poseen unas branquias debajo, en unas ranuras de su cuello, que les permite respirar perfectamente en el fondo de las aguas.

—¿Son humanos?

—Sí, sí. Totalmente humanos. Sin escamas. Pero cuando se sumergen en las aguas, su piel sufre una mutación, y se cubre de una especie de protección contra el frío y la presión del líquido elemento, en forma de una segunda piel totalmente verde. Eso es lo más notable de ellos.

—Singular raza la suya — comentó Jordan, admirado.

—Lo "sería más aún, si fuesen honrados y nobles, como fingen ser. Pero su crueldad y sus ideas de conquista y de poder, les hacen

temibles y odiados. Bajo su apariencia digna y afable, encierran una maldad sin límites, un afán destructor inquietante... Dios quiera que nunca los tengan como forasteros en su mundo, Larry.

—Así sea — sonrió Jordan, terminando su comida y tomando otro trago del vino agridulce—. Ha sido una comida magnífica, Tritón. Les estamos muy agradecidos a su esposa y a usted.

—Oh, no diga eso. Sólo tratamos de ser lo más hospitalarios posible con ustedes dos.

Imagino que se sentirán aquí cómo cautivos...

—Su bondades impiden que sea así, pero no puedo dejar de pensar en el exterior y... sobre todo, en la forma de llegar arriba, sea como sea.

—Será un poco difícil, por el momento — reflexionó Tritón, preocupado—. Su única posibilidad estriba en disponer de una indumentaria capaz de resistir las presiones marinas y permitirles emerger sanos y salvos. Si salieran ahora de aquí, reventarían. Cayeron mucho más arriba del lugar donde está emplazada Oceánica. Por fortuna, una patrulla nuestra que recorría la zona, dio con ustedes dos, al captar su aproximación los detectores que llevaban consigo. Pudieron encerrarles en una bolsa antipresión y traerles aquí a toda velocidad. Pero dentro de una bolsa así, jamás podrían subir a la superficie. No obstante, su material puede servirnos para intentar hallarles algo parecido que pueda hacerles maniobrar y les dé autonomía y seguridad para llegar arriba con vida. Haré que trabajen en ello en seguida, pero no se impacienten. Esos cosas llevan algún tiempo, que procuraré sea el menor posible.

—Gracias, Tritón — bostezó Larry—. Al menos, mantengamos viva la llama de la esperanza...

—Eso, sí — asintió él, sonriente—. Y ahora, vayan a descansar. Les noto agotados y somnolientos. Ya les habrán dispuesto dos cámaras confortables, donde podrán dormir sin preocupación alguna.

Tritón estuvo en lo cierto. Momentos más tarde, Elsa y Larry se separaban, entrando en cámaras vecinas, iluminadas en sus muros como era costumbre en Oceánica. Y Larry, unos minutos después, cerraba sus ojos y conciliaba el sueño, en aquel cómodo lecho de material hinchable, donde su cuerpo pareció flotar como si estuviese meciéndose en la superficie de aquellas aguas en cuya

sima inalcanzable para ser humano alguno, se encontraban ahora Elsa y él.

CAPITULO VII

BENJAMÍN Stuart, del Servicio de Inteligencia de la Armada de los Estados Unidos, contempló fijamente al marinero Scott Barnes, que le saludaba militarmente.

—¿Y bien?—su voz sonó ruda—. ¿Alguna novedad sobre los desaparecidos?

—Ninguna, señor. Larry Jordan y Elsa Guzmán, siguen sin aparecer. Las autoridades navales cubanas están colaborando con nosotros, pero inútilmente hasta ahora. Dada la naturaleza del ataque al barco cubano, que resultó totalmente destrozado, con numerosas bajas entre muertos y heridos, las esperanzas de dar con ellos son mínimas. Especialmente, estando esas aguas infestadas de peces gigantes, como parece.

—¿Y los otros dos submarinistas? —se interesó Benjamín Stuart.

—Sanos y salvos, señor — manifestó Barnes con alivio—. Duke Dalton y Jorge Carreras fueron finalmente hallados, cuando ya se les daba por desaparecidos definitivamente, en un pequeño islote cercano al lugar de su desaparición. Ahora están hospitalizados, y debidamente atendidos clínicamente. Han pasado una dura prueba, y es evidencia de ello las cosas tan incoherentes que dicen en determinados momentos o que repiten durante sus períodos de inconsciencia, quizás delirando.

—¿Qué cosas son ésas?

—Bueno, no tienen mucho sentido, señor. Creo que no vale la pena mencionarlas...—dudó Barnes, frotándose el mentón.

—Eso soy yo quien debe decidirlo, joven — le corto agriamente Benjamín Stuart con gesto ceñudo—. Usted cuénteme todo, sin omitir detalle, y yo juzgaré.

—Bien, señor —suspiró Barnes, encogiéndose de hombros—. Lo

cierto es que hablan a veces de personas que les salvaron la vida, depositándoles en aquel islote cuando estaban a punto de morir. Personas que venían del fondo del mar, y que sin embargo no llevaban trajes de inmersión ni nada parecido. Personas que respiraban en el agua, y eran hermosos y rubios como los dioses... Una vez los sacaron de las aguas, ellos se perdieron mar abajo, respirando en el agua como los peces, camino de una gran nave submarina de color oro, centelleante y majestuosa, que se hundió en pocos momentos, desapareciendo de su vista. Eso es lo que se les oye repetir en sus delirios, señor, y lo que contaron a los patrulleros que les llevaron a bordo, medio extenuados.

—Hombres rubios que respiran en el fondo del mar... y una nave dorada... ¡Cielos, qué fantasía! —masculló Benjamín Stuart, entrelazando los dedos de sus manos sobre el abdomen—. Tenía usted razón, joven. No vale la pena volver a hablar de ello. Puede retirarse.

—Sí, señor, a la orden — saludó Barnes, retirándose de la presencia del funcionario de Inteligencia naval.

—¡Hombres rubios, sumergidos en el mar! —repetía para sí, con escepticismo el marino—. ¡Y un submarino de oro...!

* * *

Larry Jordan se despertó bruscamente.

Había tenido la impresión de que algo sucedía dentro de la ciudad submarina. Estaba seguro de haber oído ruidos, voces, de haber sentido agitación cerca de su cámara. Salió al pasillo. Alguien se alejaba a la carrera, moviendo con rapidez sus extremidades escamosas. Elsa asomó en su propia alcoba, y ambos cambiaron una mirada expectante.

—¿Ocurre algo, Larry? — se interesó la joven cubana.

—No sé. Tuve esa impresión, igual que tú. Parece que somos libres de movernos por esta ciudad, de modo que podríamos ir a ver.

—De acuerdo. De todos modos, ¿por qué no habríamos de ser libres? Somos huéspedes, no prisioneros. Y aunque lo fuéramos, ¿para qué encerrarnos o vigilarnos? No podemos ir demasiado lejos...

El comentario de Elsa era de una lógica aplastante. Ambos jóvenes caminaron corredor adelante, llenos de curiosidad. La

confusión seguía existiendo, porque se escuchaban voces en la distancia, así como pasos, carreras y una gran agitación. Llegaron a una de las pasarelas que circulaban sobre la ciudad. Desde ella, contemplaron sorprendidos la escena.

Numerosos hombres de piernas escamosas, se hallaban concentrados en una de las amplias plazas, entre los edificio hemisféricos de Oceánica. Ante ellos, estaban Tritón y Ondina.

Los ojos de Larry descubrieron en seguida a los extraños. Eran dos. Estaban encadenados con una especie de correas metálicas, y parecían sufrir un interrogatorio. Tanto Tritón como su mujer, se mostraban muy agitados. El resto de las gentes, no había duda de que también mostraban alarma en sus expresiones.

Los extraños cautivos… eran altos, rubios, con ranuras bajo sus orejas, y una indudable arrogancia en sus figuras.

—¡Los enemigos!—jadeó Elsa, aferrando la mano de Larry—. Mira, son ellos… Los invasores de su planeta. Los agresores que fingen bondad.

—Realmente, tienen un aspecto noble y arrogante —admitió Jordan—. Podrían engañar a cualquiera. Pero su modo de mirar a Tritón y a Ondina, no resulta nada tranquilizador.

En efecto, mientras eran interrogados, manteniendo su mutismo y sin dignarse responder, sus ojos se fijaran fríos y hostiles en la joven pareja que gobernaba Oceánica. Pese a su aire noble y digno, tenían una mirada implacable y dura como no había visto antes Jordan a persona alguna. No le hubiera gustado tener por enemigos a aquellos individuos. Pero lo malo es que, quizás, ya eran sus enemigos, como lo eran de sus anfitriones de las profundidades.

El lenguaje que usaba Tritón para interrogar, le resultaba a Larry totalmente intraducible. El idioma de los prisioneros, continuaba siendo un enigma, puesto que seguían sin hablar. En un momento dado, Tritón descubrió allí a sus invitados.

—Ah, ¿sois vosotros? — se sorprendió—. Ved, ellos llegaron también a la Tierra, por desgracia para todos. Son los invasores de que os hablé. No hablan, porque saben que no pueden engañarnos ya a nosotros. Pero temed lo que digan, porque todo será una sarta de mentiras capaces de convencer a cualquiera.

Los rubios invasores miraron largamente a Jordan y a Elsa. Tampoco hablaron, pero Larry notó que su mirada parecía taladrar

su cráneo y leer en su mente con toda facilidad. Notó que Elsa apretaba con mayor fuerza su mano, crispadamente.

—Me dan miedo — susurró con tono apagado—. Se les ve fuertes, poderosos. Y creo que no conocen lo que es la piedad, cuando pretenden destruir a alguien...

—Llegaron aquí desde el exterior —dijo Ondina con expresión inquieta, volviéndose a ellos—. Deben tener una astronave en algún lugar oculto. Quizá haya más de su especie. Si llegan otros a la Tierra, esto empezará a ser peligroso.

—¿Cómo dieron con la ciudad sumergida? —se interesó Jordan.

—Ellos siempre dan con lo que buscan —suspiró amargamente Ondina—. Tienen poderes especiales, se guían por medios que desconocemos... Nos buscan para destruirnos, porque saben que somos la única posibilidad de que vuelvan a ser vencidos y expulsados del lugar donde nosotros nos hallamos.

—De momento, no parecen dispuestos a mentir —señaló Jordan, al observar su mutismo obstinado.

—Tal vez se dan cuenta de que todo es inútil —rió Tritón, encogiéndose de hombros. Dio una orden a sus hombres, y éstos arrastraron a los prisioneros hacia alguna parte. La mirada fría y dura de los dos hombres rubios, se fijó un momento en ellos. Y Larry hubiera jurado que su frialdad y dureza daban paso a una expresión más cálida y amistosa. Pero fue todo tan rápido, que no pudo estar seguro de nada. Además, ¿cómo fiarse de unos seres que sabían fingir y engañar a la perfección?

Tritón y Ondina se reunieron con ellos. Su gesto era preocupado,
—Ya ocurrió — dijo el gobernante de Oceánica—. ¿Por qué tuvieron que elegir precisamente esté planeta? Cierto que les gusta todos los que tengan grandes extensiones de agua, pero... si vienen más, será cuestión de luchar desesperadamente.

—¿Qué piensa hacer ahora con esos dos? — se interesó Elsa.

—De momento, nada. No puedo hacerles matar. Yo no soy como ellos. Tenerles cautivos, es todo un peligro. Poseen facultades tan notables para salirse con la suya en todo momento... La verdad, no sé qué hacer.

—¿Cree que peligramos nosotros aquí ahora?

—Todo peligra donde ellos están. Incluso su mundo exterior, Larry. Haré que aceleren los medios para encontrar un vehículo

adecuado para ustedes dos. Es posible que tengamos que unirnos y luchar contra ellos. Ustedes son los únicos que podrían informar de lo que les amenaza, y que el mundo se preparase contra ellos. De otro modo, podría ser trágico para su raza, Larry. Y para todos nosotros...

—La posible solución, está en sus manos. Haga cuanto pueda en ese sentido, Tritón.

Nosotros, sólo podemos esperar...

—Voy a los laboratorios para apresurarles. Si es preciso, que trabajen en ello sin descanso. Nos veremos más tarde, amigos.

El y Ondina se alejaron presurosos. Larry y Elsa regresaron a sus habitaciones. Antes de entrar, se miraron en silencio. La joven cubana parecía realmente angustiada, —Y, mientras tanto, nosotros pensando en destruirnos unos a otros, allá en la superficie de nuestro estúpido mundo — comentó acremente—. ¿Cuándo sabremos unirnos contra un enemigo común, contra un peligro que nos acecha a todos por igual?

—No sé. Tal vez ahora — meneó Larry la cabeza—. No tenemos remedio. Elsa.

Se retiraron en silencio. Jordan entró en su cámara. Elsa, en la suya.

Apenas había cruzado la joven el umbral de su dormitorio, cuando los poderosos brazos la rodearon, como un dogal de acero, inmovilizándola. Una fuerte mano musculosa oprimió su boca, impidiéndola gritar.

Con ojos dilatados por el terror, descubrió que un hombre rubio de branquias bajo las orejas, había entrado en su cámara y era su captor.

—No grite — dijo él en perfecto inglés—. No se resista. Será mejor para todos.

* * *

Jordan se movió repetidamente en el lecho. Aunque estaba cansado, esta vez no lograba dormir. Los recientes sucesos le habían despejado totalmente. Optó por levantarse y pasear, nervioso.

Estaba pensando en los misteriosos y temibles invasores rubios. Si las sospechas de Tritón eran ciertas habían llegado a la Tierra para apoderarse de ella. Y su privilegiada mente les avisó de que los anfibios se hallaban sumergidos en las aguas del planeta. Por tanto

era preciso deshacerse antes de Tritón y su pueblo, para que después el camino resultara expedito. Larry sabía que la única posibilidad era que Tritón fuese más listo que ellos, y que él pudiera regresar con Elsa a la superficie, avisando de lo que sucedía a sus superiores. Sólo que ¿le harían caso ellos? ¿Creería alguien fantástica historia del fondo marino, a menos que presentara evidencias incontestables? Resultaba todo tan delirante, tan increíble... El mismo, a veces, creía estar soñando en vez de vivir una realidad

inaudita. De modo que ¿qué podía esperarse que pensara los demás?

Inesperadamente, oyó un murmullo a sus espaldas:

—Larry..., Larry, por favor. Ven en seguida...

Giró la cabeza. Era la voz de Elsa. La descubrió en el umbral, asomando solamente la cabeza. Aparecía pálida, como angustiada e inquieta. Preocupado, fue hacia ella resueltamente.

—¿Qué sucede, Elsa? — se alarmó—. ¿Te ocurre algo?

—Ven, por favor — musitó ella—. A mi cámara. Es un momento, Larry...

Antes de que él llegara, ella entró con rapidez en su habitación. Perplejo, Larry Jordan la siguió, entrando en la cámara. Inmediatamente, la puerta se cerró tras de él. Se quedó asombrado, contemplando al hombre rubio y majestuoso que se hallaba en medio de la cámara.

—¡Usted!—jadeó—. Uno de «ellos»...

Trató de salir a avisar a Tritón y su gente. Elsa rogó con rapidez:

—No, Larry, aún no. Espera un momento, te lo ruego. Debes escucharle...

—¿A quién? — gruñó Jordan—. ¿A él? Oh, Elsa, recuerda lo que dijo Tritón. Si les haces caso, estás perdida. Logran engañar a todo el mundo. Son astutos y falsos... Y poseen poderes especiales...

—Espere —sonó la profunda voz del hombre rubio, en impecable inglés—. No cometa un error irremediable, se lo ruego. Ella me da un margen de crédito. Haga usted lo mismo.

—¿Cómo pudo escapar de sus captores? Deben estar buscándole por doquier...

—A mí, no — sonrió el rubio atleta—. Son dos compañeros los capturados por ellos. Yo estoy libre, y nadie sabe que logré

introducirme en la ciudad sumergida.

—Motivo de más para que den con usted y lo encierren. Es usted un peligro.

—¿Por qué lo sabe? ¿Porque se lo ha dicho Tritón, un evadido de nuestro mundo al que hay orden de capturar, vivo o muerto, para trasladarlo con su grupo de rebeldes criminales al planeta Zaos?

—¡Tritón, un evadido! —clamó Larry—. ¿Quién puede creer eso?

—Usted lo creería, si él no hubiera contado su versión de los hechos, al saber por sus detectores que nos aproximábamos a él. Sabía que estábamos en el planeta Tierra para terminar con su obra, y adoptó precauciones para tenerles a ustedes a su lado. ¿Va a ayudar a un ser que está reclamado por asesinato en su planeta de origen, lo mismo que su compañera, la bella Ondina?

—Miente muy bien — replicó fríamente Larry—. Elsa, ¿cómo pudiste creer la historia de este ser? Es una mentira completa. Tritón está con su gente en el fondo del mar, sin causar daño a nadie.

—¿De veras lo cree? — sonrió tristemente el arrogante caballero rubio—. ¿Usted cree que esos monstruos marinos que llevan la muerte y el horror a sus pueblos y a sus buques, es solamente obra de un accidente? ¿No se ha dado cuenta aún de que el propio Tritón está CULTIVANDO esas mutaciones, creando monstruos para atacar al ser humano y convertirse lentamente en el amo de todo? Primero serán los peces, luego las aves y otros animales... hasta que una masa de monstruos destruya ciudades y pueblos y siembre el terror por doquier. Entonces les dará un ultimátum, y ellos tendrán que entregarse. Tritón es el verdadero invasor peligroso que busca el mal ajeno, y Ondina es ' su cómplice. Nosotros, los Guardianes de Zaos, somos solamente los encargados de guardar el orden en nuestro planeta y en otros que puedan ser amenazados por los anfibios.

—Su historia es plausible. Admito que al apoyarse en algo tan cierto como esos monstruos, la mentira parece verdad —Jordan sacudió la cabeza—. Pero sigue siendo mentira. Iré a avisar a Tritón, a menos que me elimine.

—Nosotros no eliminamos a un hombre inocente —rechazó el

otro con un suspiro—. Es más, vinimos a ayudarles... y lo haremos, aunque se obstinen en vernos como enemigos. Ah, por cierto, una buena noticia para usted: su amigo Duke Dalton está a salvo en Miami.

—¿Qué? — boqueó Larry, atónito—. ¿Qué ha dicho?

—Es eso, Larry — gimió ella—. Eso es lo que me convenció. Mira...

Le mostró dos placas de identificación. Larry las arrancó de su mano. Una, llevaba el nombre de Duke Dalton. La otra, el de Jorge Carreras.

—Sus placas... — miró, airado, al hombre rubio—. ¿Dónde las encontró?

—En sus cuellos, claro está — sonrió el atleta de otro mundo—. Las recogimos, depositándoles en una isla donde fueron recogidos por un guardacostas americano. Estaban bien, e incluso nos vieron. Luego, supongo que les habrán hospitalizado.

—Del mismo modo tendrían estas placas si hubieran matado a nuestros amigos —

acusó Larry, rotundo.

—Pero no sería posible que, en ese caso, ambos hubieran trazado algo en la cara opuesta de sus placas de identificación, ¿no es cierto? Mírelas, se lo ruego.

Larry lo hizo, girando las chapas metálicas. En la de Duke, había una “palabra, grabada con algo punzante. No pudo evitar una sonrisa. Leyó los desiguales caracteres:

—«Diablo, ese tipo rubio me salvó, Larry» — asombrado, meneó la cabeza, recordando que ése era él modo habitual de expresarse de su amigo.

Luego, en el de Carreras descubrió otra palabra:

—«Gringo, cuide de mi Elsa» — alzó la cabeza y miró a la joven.

—Sí, Larry — asintió—. Así me llama Jorge amistosamente «Su» Elsa... Sólo él escribiría algo así.

—¿Cómo podía saber usted que nos encontraría, para traernos esas placas? —

desconfió Larry todavía, clavando sus ojos en el hombre rubio.

—Al saber que habían desaparecido en determinado punto, sin ser hallados sus cuerpos, imaginé el resto. Tritón necesita a alguien que le ayude a hacerse amigo de los terrestres. No dejaría pasar una

oportunidad así fácilmente... Por eso bajé en busca de Oceánica. Poseemos sistemas de detección para encontrar a esta gente. Ahora, si usted nos ayuda, Larry, quizás aún podamos evitar que mis compañeros terminen de pasto de sus monstruos marinos. Esa cisterna que aquí conservan no es para estudiar el fin de la mutación, sino para perfeccionarla y ampliarla. Son auténticos fabricantes de monstruos.

—Si pudiera creer en sus palabras...—dudó Larry, indeciso.

—Tendrá que fiarse de nosotros — sonrió el ser de rubia cabeza —. Admito que es el riesgo que usted debe de correr. Cuando descubra la verdad, se felicitará mil veces por ello. Todavía está a tiempo de salvar a su raza, a su mundo.

—Está bien — dijo Larry, con súbita energía—, ¿En qué puedo ayudarles a ustedes? Justo en ese momento, la cámara se llenó de seres escamosos, que les rodearon a ellos y al ser de rubia belleza varonil, sin el menor aspecto de simpatía o cordialidad. Unas armas que parecían tubos de metal, se apoyaron en sus cuerpos —No se muevan — dijo una voz—. Son culpables de traición.

—Lástima, Larry — sonó ahora la voz de Tritón, a su espalda—. Lo ha echado todo a perder al ayudar a ese hombre. Se lo advertí. No debía de creer una palabra de ninguno de ellos. Creí que usted era mi amigo...

Larry se volvió en redondo. Aquellas armas dañaban su torso y su espalda. Descubrió un extraño gesto de frialdad en los rostros de Ondina y Tritón.

—Déme alguna prueba de que es usted quien dice la verdad, y le creeré — casi gritó Larry, furioso.

—Me temo que ahora ya no me creería, Larry —suspiró Tritón —. Además, ¿qué importa ya? Usted y la chica me parecieron las personas adecuadas para iniciar mi contacto con las gentes del exterior, pero aparecerán otras de más credulidad. Lo siento, pero han sellado ambos su destino con este error.

—¿Qué piensan hacer con nosotros? — se inquietó Elsa.

—Lo mismo que con sus nuevos amigos, los Guardianes de Zaos — rió Tritón—. Todos ustedes serán un buen festín para alguno de mis queridos monstruos...

—De modo que era cierto. ¡Es usted el que mentía!

—aulló Larry.

—Lo descubrió demasiado tarde. Conozco a mis enemigos, y les vigilaba de cerca, sin ustedes saberlo. Captamos la presencia de un intruso en Oceánica. Ahora, van a seguir todos el mismo destino final… hasta el estómago de una de mis amadas criaturas. Dentro de poco, Larry, los mares todos estarán poblados de gigantescos peces. Y eso será solamente el principio. El horror surgirá del mar. Y se extenderá por toda la Tierra, cuando la mutación abarque a toda clase de animales… ¡Lleváoslos a la cisterna!

CAPITULO VIII

EL elegido iba a ser el más feroz y voraz de todos: el cangrejo.

Un enorme, colosal cangrejo, del tamaño de un helicóptero, se movía pesadamente en su compartimiento de la gran cisterna, ávido sin duda de alimentos.

Los cinco sentenciados, fueron situados ante un tubo que conducía directamente a las aguas en las que el gran cangrejo se agitaba, y de las que sólo una compuerta automática les separaría cuando llegasen allí Elsa aferraba con fuerza terrible la mano de Larry. Se miraban ambos a los ojos patéticamente. Por un momento, se dieron un fuerte, intenso abrazo, y él notó bajo sus manos la palpitante, deseable carne morena, estremecida de temores y emociones. En cambio, jamás sentiría ya temblar esa carne con otra clase de emoción más grata y profunda.

—Larry...—jadeó ella, apretando sus vigorosos pechos de mujer tropical contra el torso de Jordan—. Larry, creo que... que me enamoré de ti...

—Yo no lo creo, Elsa. Lo sé — murmuró él, besando los carnosos labios que ya no podrían ofrecérsele nunca como un cálido y jugoso fruto de amor carnal—. Te quiero... y moriré queriéndote. Lástima que no pueda cambiar mi vida por la tuya...

—Los jóvenes se enternecen — rió Ondina cruelmente—. Adelante, amigos. Vosotros pudisteis haber sido nuestros mejores camaradas y gozar de una vida confortable. Pero elegisteis el peor camino...

—Cualquiera es preferible a serviros de ayuda en vuestros planes de conquista — replicó Larry despectivo—. Espero que los demás Guardianes de Zaos os encuentren a tiempo de salvar a nuestro planeta.

—Como veis, no sabemos proteger del enemigo — se mofó Tritón—, Ellos no pudieron jamás devolvernos a Zaos para ser juzgados por sus leyes. ¡Seremos los más fuertes!

Los rubios personajes dé Zaos guardaban su hermetismo de antes. Incluso el que se presentara a Larry y Elsa, logrando convencerles de su verdad, permanecía ahora callado, sumido en pensamientos que nadie podía captar.

—Adelante —ordenó Tritón—. Avanzad. Solo hay un camino.

Las armas de sus hombres les empujaron. La población de Oceánica, antes aparentemente tan amable afectuosa, se arremolinaba fuera del túnel cilíndrico de material transparente, mofándose o insultándoles, con' gestos soeces y violentos. Ahora, los anfibios del fondo marino estaban mostrando al fin su verdadera faz. Demasiado tarde, pensó Larry Jordan con amargura, echando a andar, junto a Elsa, camino del desastre.

Detrás de ellos, se movieron los rubios atletas con aire indiferente. No parecía inmutarles la posibilidad de morir, como si carecieran de sentimientos. La puerta de atrás se cerró. Quedaron encajonados dentro del tubo transparente. El aire en éste se enrarecería pronto. Tenían que seguir adelante, o morir allí. De cualquier modo, irían a parar a las fauces del gigantesco crustáceo, porque una corriente poderosa empezó a zumbar tras ellos, obligándoles a avanzar, aun a su pesar.

—Obviamente — dijo de pronto el hombre rubio que les hablara de sus amigos Dalton y Carreras—, quieren asistir al espectáculo sea como sea...

En efecto, la gente arremolinada ante la cisterna, vería así como eran triturados y engullidos por el voraz cangrejo gigante, que ya les contemplaba malignamente desde su encierro, presintiendo la proximidad del festín. Elsa sintió una convulsión instintiva.

—Será horrible, Larry...—gimió—. ¿Por qué no me golpeas antes? Quítame la vida, y todo será más llevadero...

—No, esperen — interrumpió el hombre rubio—. No hagan locuras. Vamos a salir de aquí, no teman.

—¿Qué dice? — jadeó Larry, estupefacto—. No es posible. No hay evasión ya...

El miró a sus compañeros por toda respuesta. Ellos sonrieron. Una repentina esperanza asaltó a Larry ante aquello. Luego, los

otros dos guardianes de Zaos movieron afirmativamente las rubias cabezas.

—No deben preocuparse—dijeron—. No íbamos a dejarnos cazar estúpidamente. No somos tan necios.

—Pero... pero el cangrejo...

—Espere un poco. Esa gente no debe sospechar nada.

—Aunque saliéramos de aquí — comentó Elsa—, ¿qué sería de nosotros? Nuestros cuerpos estallarían con la presión. Nunca llegaríamos arriba.

—Olvídense de eso. Es asunto nuestro.

Era un verdadero enigma. Pero era, también, una vaga esperanza. Sin añadir más palabras, con cierta renovada confianza en aquellos herméticos individuos de otro planeta, continuaron dejándose arrastrar por la corriente marina, hacia donde les aguardaba su espantoso verdugo.

Finalmente, la corriente les expulsó del tubo, justo l abrirse la compuerta. Saltaron sus cuerpos al agua, donde se agitaban las pinzas pavorosas del cangrejo colosal.

La masacre iba a empezar, pensó Larry, pese a cuanto dijeran sus misteriosos compañeros. De otro modo, ¿cuál podía ser el milagro de aquellos seres para salvarles de la muerte segura en las fauces del voraz cangrejo?

* * * Y el milagro se produjo.

Jordan, atónito, asistió a él mientras sus pulmones, repletos de aire, le mantenían en las aguas sin problemas. Tanto él como Elsa, gracias a su experiencia en la materia, podían soportar perfectamente la inmersión que se había producido ahora. Por encima de ellos, la sombra terrorífica del gigante del mar, era como una mole lenta e implacable, agitando sus velludas patas oscuras, enormes como tenazas de un increíble crustáceo antediluviano.

Cuando el cangrejo, rápidamente, viró hacia Elsa, intentando aferraría con sus patas para engullirla luego por su repulsiva boca, ocurrió todo.

Los tres seres rubios se habían convertido ahora en brillantes cuerpos verdosos. En eso no había mentido Tritón. Sus branquias se dilataban, con la respiración submarina, y su piel se cubría automáticamente con una segunda, epidermis de rara tersura y color, protegiéndoles de la acción de las aguas.

Rodearon al cangrejo por su parte superior. Uno de ellos lanzó algo sobre el monstruo.

Algo que, hasta entonces, había mantenido oculto en su boca, tras la dentadura Apenas el objeto tocó al gran cangrejo, éste pareció sufrir una convulsión repentina... y su cuerpo se empezó a desmoronar, a desgajarse, igual que si se desintegrara lentamente. Se enturbiaron las aguas, mientras los testigos de la escena sufrían la enorme decepción de ver desaparecer, hecho fragmentos, al gigante marino que debía devorar a los cautivos.

Tritón y Ondina comenzaron a dar órdenes rápidas. Los Guardianes de Zaos, sin pérdida de tiempo, hicieron una indicación a los dos jóvenes submarinistas, al tiempo que subían velozmente hacia la parte superior de la cisterna, con ignorados propósitos.

Larry y ella vieron, con estupor, cómo otro adminículo lanzado por los Guardianes sobre la tapa superior de aquel recipiente de la cisterna, reventaba en instantes, totalmente pulverizada, aquella plataforma hermética de material transparente, lanzándoles a todos ellos vertiginosamente hacia el exterior, vomitados a las aguas marinas, como si se tratara de un chorro de agua burbujeante.

¡Una parte de la bóveda de Oceánica acababa de saltar hecha pedazos, lanzando toneladas de agua sobre los edificios, jardines y pasarelas de la ciudad sumergida! Tritón y su gente, en confusión, se intentaban lanzar hacia el exterior, luchando contra la repentina y furiosa presión del alud de agua.

Cuando Elsa y Jordan creían estallar a causa de la presión que sostenían sus cuerpos sobre sí, con semejante distancia hasta la superficie marina, ocurrió lo imprevisible.

Como un mágico manto, un tejido finísimo, transparente, igual que si fuese cristal hilado, cayó sobre ellos, envolviéndoles totalmente, y permitiéndoles respirar el aire que, de alguna forma, surgía de aquel mágico manto que las manos prodigiosas de los Guardianes de Zaos lanzaran sobre ellos en el instante oportuno.

Aquella envoltura transparente y liviana, les daba libertad total de movimientos, y de alguna parte les llegaba el aire preciso para respirarlo. Antes de que se les hubiera podido extinguir aquella reserva preciada de oxígeno, ocurrió algo espectacular.

Una gigantesca forma ovoide, dorada, emergió de las aguas, con un zumbido peculiar. Una compuerta se abrió en la nave, y los

rubios Guardianes, con señas, les invitaron a penetrar por allí.

Larry y Elsa les obedecieron sin pérdida de tiempo. Una escotilla luminosa les acogió en el interior de la misteriosa nave que flotaba en las profundidades, muy cerca de la ciudad submarina de los anfibios.

Una vez dentro, cerrada la escotilla, ya todo fue sencillo. Un compartimiento estanco les dio paso a otro donde les aguardaban hasta diez atletas rubios del planeta Zaos, que les acogieron cordialmente.

Su guía y salvador se limitó a exponerles, con una sonrisa:

—Esta es nuestra nave. Puede viajar por el espacio o por el fondo de los océanos. Con ella hemos venido en busca de esos criminales. Ahora, no tenemos otro reme dio que aniquilar a muchos de ellos, y tratar de capturar con vida a Tritón y Ondina.

—¿Cómo fue posible todo lo ocurrido? —indagó Larry, intrigado —. Fue como un gran prodigio, como obra de un mago...

—Nuestra magia es la ciencia —sonrió el Guardián de Zaos — Unas cápsulas desintegradoras de gran poder iban en nuestra boca ocultas. Ese tejido casi invisible que os envolvió, es un material anti-presión muy eficaz, y al contacto con el agua emite oxígeno respirable durante un breve espacio de tiempo. Es uno de nuestros recursos para grandes profundidades. Lo llevamos siempre con nosotros, pero nadie puede advertirlo, por una razón muy sencilla: se confunde con nuestras propias ropas, al ir adherido a ellas, y sólo puede ser desprendido en el agua, donde se reactivan sus elementos químicos. ¿Aclarado el misterio?

—Dios mío, ustedes poseen recursos prodigiosos...

—Y todos han sido inútiles, durante mucho tiempo, para cumplir nuestra misión de localizar y capturar o destruir a esos criminales evadidos de Zaos en su nave, hace ya muchos años. Por fortuna, creo que este es su fin...

* * *

Las palabras del Guardián quedaron pronto confirmadas sobradamente.

En efecto, aquel fue el fin de los criminales evadidos del planeta Zaos. Sólo se salvaron del violento duelo en el fondo del mar Tritón, Ondina y dos hombres anfibios más. Fuertemente ligados, pasaron a una cámara de seguridad de la nave dorada. Su última mirada de

ira y rencor fue para Larry y Elsa.

—Volveremos alguna vez — prometió Tritón—. Y la Tierra será nuestra... Desaparecieron, camino de su encierro. El Guardián sonrió, mirando a ambos.

—No le hagan caso —dijo—. Nunca saldrá ya libre de aquí, y menos aún de Zaos. Le espera una dura sentencia allí por sus crímenes. Ya nunca más le verán en la Tierra. Por fortuna para ustedes, claro.

—¿Y esos peces gigantes...?

—Vamos a destruir todos los que quedan en este mar — prometió su nuevo amigo—. Podemos detectar su presencia fácilmente, por las radiaciones especiales que emiten. Luego, no creo que el mar vuelva a enviarles una pesadilla semejante, a menos que ustedes mismos, con sus propios experimentos, terminen por alterar el medio ambiente y la biología de los animales en su planeta.

—Confiemos en que eso nunca ocurra, amigos — suspiró Larry, estrechando su mano —

. Gracias por todo. ¿Ahora...?

—Ahora, serán ustedes devueltos a su mundo. Pero mucho me temo que su historia no la crea nadie...

Larry Jordan miró a Elsa. Ambos se echaron a reír.

—Seguro que no — admitió ella—. ¿La contaremos, Larry?

—Es preferible que no. Después de todo, no me gustaría pasar la luna de miel en el hospital psiquiátrico de la Marina...

—Larry... ¿Es que vas a casarte?

—Sí. Contigo —¿Sigues pensando igual que cuando...?

—Entonces, te dije toda la verdad. Sigo pensando lo mismo. ¿Y tú?

—¡Oh, Larry!—se lanzó en sus brazos—. El mar nos ha traído esta vez muchos horrores, pero también algo hermoso a ti y a mí...

Se besaron. Los Guardianes de Zaos debían de saber lo que era el amor, porque sonrieron comprensivamente.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.